JUAN LUSSICH

LA

PLUMA ALEGRE

PROSA Y VERSO

BUENOS AIRES
IMPRENTA DEL «COURRIER DE LA PLATA»
148 — Calle Piedad — 154

—

1885

DOS EN UNO Y UNO EN DOS

Como quien dice prólogo

Más de una vez, cuando yo principié á ser periodista, al saberse la llegada de algun notable personaje á Buenos Aires, salí en dos brincos de la Redaccion, flameando en una mano mi sombrero, ó encasquetándomelo, quizá al reves con la precipitacion, y al poco rato, en un decir Jesus, me planté en su casa, ó en su hotel, ó corrí en su busca á la ventura hasta hallarme en su presencia.

—Señor Fulano : tengo el honor de saludar á Vd.

—Igualmente, señor, aunque no el de conocerlo.

Pasándole mi tarjeta :

—Soy un repórter de *El Diario*.

—¡ Ah ! Tome Vd. asiento.

—Señor : al mismo tiempo que vengo á dar á Vd. la más cordial y afectuosa bienvenida, desearia pedir á Vd. algunas noticias referentes á su viaje.

Etc., etc., etc.

Y aquí empezaba la de estrujar al indivi-

duo — metafóricamente, se comprende — como quien exprime un limon entre las manos para sacarle el jugo; á fin de hacer caer al reportado en el garlito de alguna importante confesion.

Me viene este recuerdo á la memoria, porque yo tambien acabo de llegar de un viaje, y como veo—no sin algun despecho— que nadie viene á reportarme, se me ocurre una idea salvadora: voy á reportarme yo mismo.

¡Qué diablo! Mi trabajo será al fin más cómodo y exacto; y ademas . . . . ademas, nos daremos un poco de importancia: lo que á nadie por cierto ha de extrañar en un tiempo y en un país como los nuestros en que cualquier sugeto se da bombo.

Pues como iba diciendo: mi reportaje será mucho más cómodo. Ni siquiera que dar un paso tengo, buscando agitadamente de un lado para otro á la futura presa de mi pluma. Personaje y periodista, reportante y reportado, se hallan en este caso tan cerca uno de otro, que un mismísimo pellejo los contiene, se sientan en una misma silla delante de la misma mesa, y preguntan y responden con la misma lengua.

Pues, señores, me *reporto*; es decir: castellanizando la palabra inglesa, porque lo que es enmendarme . . . . ¡no hay que pensar en eso!

—Tengo el honor de saludarme atentamente.

—Para servirme á mí.

(Me hago una reverencia, agradecido á tanta cortesía de mi parte, y tomo asiento).

—¿Con que acabo de llegar? ¿Y de dónde, hombre, de dónde?

—¡Psss! . . . . De una breve excursion á la Campaña Oriental.

—¡Hombre, hombre! ¿con que he andado por el campo? . . . . ¡Qué grueso y qué quemado he de venir!

—¡Quéee! . . . . Es verdad que todos los amigos que encuentro por la calle se creen en la obligacion de decirme: ¿Ya está de vuelta? ¡Qué grueso y qué quemado viene Vd.!

¡Frases de fórmula!

Verdad es que estoy de vuelta. Pero ¡benditos de Dios! ¿por qué me lo preguntan á mí mismo? ¿Temen quizá que yo sea una aparicion?

Verdad es que estoy quemado, y tan quemado, que no me atreveria á asegurar que pertenezco á la raza blanca todavía.

Pero que vengo grueso . . . . ¡protesto una y mil veces! Tambien se cuecen habas en el campo. Me he mirado al espejo; y he visto con dolor que áun puedo competir con mi baston. En la calle, él y yo nos confundimos todavia: parece que él me acompaña, en vez de yo llevarlo.

—Está bien, está bien. ¿Y qué he hecho en ese viaje?

—¡Hombre! . . . . á decir verdad . . . . nada de nuevo. Yo no he alterado en él mi método de vida: he hecho, ni más ni ménos,

lo que hago desde que ando por el mundo: pasear y divertirme.

—¿Pero siquiera habré escrito alguna cosa? Hay tiempo para todo cuando no se trabaja, y como el escribir es el trabajo de los vagos . . . .

—Es verdad, y áun he hecho algo de eso, pero . . . .

—¡Qué pero ni qué ocho cuartos! ¡Adelante, y pluma en ristre!

—Es que no he escrito nada que cautive la atencion: un librito simplemente.

—No, señor: lo que yo veo es que me quiero escapar por la tangente. ¡No hay tutía! ¡Venga el libro!

—Si tanto me lo exijo . . . . yo no puedo resistirme por más tiempo . . . . Mi modestia queda incólume . . . . En fin: ahí va e librito. ¡Paz en su primera edicion! ¡Que la publicidad le sea leve!

MONEDA FALSA

Nacer para una vida
de flores y de ensueños;
sentir en el cerebro las ideas
agitarse en rebeldes aleteos,
como aves prisioneras,
de alas de luz y fuego,
que ansían libre espacio
para soltar el vuelo.......
¡ y tener en la lucha por la vida
que dejar extinguir la luz del estro,
entregando á una estúpida tarea
el soñador cerebro !

Sentir dentro del pecho los latidos
de un corazon inmenso,
vehemente por lo grande,
sensible por lo bueno,
que responde al dolor del alma extraña
como á la voz el eco.......
¡ y que del mundo el egoismo sea
quien lo asesine indiferente y necio,
ahogando en soledad muda y sombría
su generoso anhelo!

Ser fuerte, ser brioso,
de sangre juvenil sentirse lleno.......
¡ y en la edad del placer odiar la vida,
y amar la muerte con febril deseo.

¿Hay más, hay más aún?

¡Ya desbordarse
la henchida copa de la pena siento,
llenando de amargura
el oprimido pecho!

Y tú, mujer querida, tú que sabes
que una palabra de cariño tierno
pudiera ser la tabla salvadora
de mi naufragio horrendo;
tú, mundo entero para mí, resúmen
de hogar y patria y cielo.......
¡oyes mi grito de socorro llena
de indiferencia y de desden supremo!

. . . .

Aquí soltó la pluma
el que escribia estos versos;
alzóse del asiento; sonrióse;
restregóse las manos satisfecho;
y en seguida, á manera de quien canta,
y de quien canta mal, y haciendo gestos
y extrañas contorsiones.......
en fin: como si fuera un epiléptico;
se puso en alta voz á declamarlos.

Volvió á sentarse luego;
los puso en limpio; los mandó á su dama
(la dama de sus tristes pensamientos);
corrió al diario despues; y precedidos
de un bombástico elogio se imprimieron
(elogio escrito de su puño y letra).

Y el público al leerlos,
el muy burro del público, decia:
—¡Qué poeta de tanto sentimiento!

EN LA SIERRA DE LAS ANIMAS

La Sierra

I

Me hallaba en la Campaña Oriental. Una mañana, iba cruzando la Sierra de las Animas, que se extiende entre los departamentos de Minas y Maldonado, internándose al fin en este último.

Un muchacho me guiaba.

El camino era infernal. Montañas y montañas, sin valles ni mesetas, divididas tan sólo por inmensos precipicios donde la vista se hundia con temor, y matizadas por espesos bosques y arroyos tortuosos.

Allá, de cuando en cuando, alguno que otro ombú alzándose en la falda de una altura, anunciaba que á su sombra se cobijaba una morada humana.

El cielo amenazaba tempestad. Grupos de negras nubes lo manchaban. Parecian la sombra de los montes, como si estos reflejaran en un espejo inmenso sus moles gigantescas!

El camino era cada vez más escabroso. Ora hallábamos un cuestabajo tan pendiente, que teníamos que ir materialmente parados

en los estribos; ora emprendíamos la subida de un cuestarriba tan empinado, que teníamos que inclinarnos para adelante de tal modo, que rozábamos con el rostro las crines del caballo.

¡Montañas y montañas! Si hubiéramos podido contemplarlas á una altura de mil metros, las hubiésemos visto de seguro como gigantes olas de un piélago de tierra embravecido, cuyas espumas fueran las casitas blancas que entre sus negras masas se destacan!

Habíamos llegado á un cerro cuya elevada cumbre lo hacia resaltar entre los otros como un titan entre hombres.

Mi guia me indicó una poblacion que estaria á una legua de distancia, y me dijo que allí vivia la persona que yo deseaba ver.

Parecióme inútil ya su compañía, y despedílo.

El cielo encapotóse más y más. Gruesas gotas de lluvia me rociaron. Las nubes empezaron á gruñir, y los montes parecian responderles con sus ecos, como si tierra y cielo fuesen dos lebreles que ántes de abalanzarse á la pelea, murmuraran largamente!

Despues de largo rato de camino, halléme en otra cumbre dominante, y vi con inquietud que habia perdido la ruta de la casa que el guia me mostrara.

Yo habia hecho mal en despedir el guia. Es una legua trecho suficiente para extraviarse en medio de montañas.

En vano di mil vueltas y revueltas, recorriendo altos y bajos. No daba con la casa. Y

aquel lugar era de los más despoblados de la Sierra. Á veces veia alguno que otro rancho allá á lo léjos, pero aturdido ya, no daba con el modo de llegar á él y hacerme encaminar.

El cielo estaba enteramente negro. Casi no se veía. De cuando en cuando, un relámpago rasgaba las tinieblas en cortes caprichosos. Por último, mil truenos retumbaron en rápido crescendo, como si algo viniera despeñándose y rompiéndose desde una altura inmensa y escarpada, y la lluvia cayó sobre la tierra como un océano celeste desbordado!

Yo me habia refugiado con mi caballo en el hueco de unas rocas.

El aire refrescaba con la lluvia.

Esa frescura serenóme un tanto. Puse en órden mis ideas, que andaban alrededor de mi cerebro en carrera desbocada; reflexioné friamente sobre lo crítico de mi situacion, y despues de sacar en consecuencia que no habia más remedio que hacer en aquel sitio profesion de anacoreta, desensillé mi pingo y me puse á echar un sueño, cosa que la fatiga me pedia con acento de sirena.

Cuando desperté, la lluvia habia cesado, y al impulso del viento descorríase ante la luz del sol el vasto cortinaje de las nubes, hecho girones ya por la tormenta.

Volví á bajar y subir la serranía. Vi un rancho á la distancia, y ya me dirigia hácia él, cuando al tender la vista en una altura, me hallé con gran sorpresa enfrente de la casa que buscaba.

Todo el dia habia andado rodeándola.

El Caudillo

II

En un pequeño valle de una legua cuadrada escasamente, entre un espeso monte de eucaliptus y de árboles frutales, rodeada de un espléndido jardin, se eleva la morada del caudillo.

Es un valiente soldado que ha sido actor en todas las guerras del país.

Cuando el clarin resuena en la llanura, él baja con los hijos de la sierra á buscar su lugar en el combate.

Allá entre las montañas nadie manda sino él. Sus soldados lo respetan y quieren como á un padre.

Ajeno á las intrigas ciudadanas, olvidado de círculos políticos, pasa la vida en un aislamiento delicioso, entregado al cuidado de su hacienda.

No tiene la educacion de los estudios (apénas sabe leer y escribir regularmente), pero tiene la del hogar honrado, que es mejor, y á veces basta.

Es un gaucho, pero un gaucho inteligente. No conoce la ciencia de los libros, pero tiene la ciencia de la vida.

Desde jóven sintió que en él habia algo interior que él mismo no podia comprender, pero

que parecia elevarlo de la esfera vulgar en que vivia; algo que le hacia ver los séres y las cosas como imágenes y fuentes de armonía y sentimiento.

Era poeta.

Y en su errante existencia de soldado, cantaba sus dolores y alegrías, sus pasiones y trabajos, en versos impregnados de rústica poesía, ya que faltos de un arte que ignora por completo.

Son versos que si los analizamos friamente, nos ponen de relieve la vaga coordinacion de las ideas, la poca propiedad de las imágenes... más defectos todavía; pero defectos todos que se ocultan bajo el ámplio manto de una belleza indisputable: y es una naturalidad encantadora.

Y si oimos esos versos balanceándose al són de la guitarra, poco á poco sentimos que en nosotros penetran verso y nota, y van con sus hermanas armonías á despertar las fibras más sensibles de nuestro corazon.

Es el bardo de la sierra.

Tendrá cincuenta años. Es alto, corpulento, y con todas las señales de una vida vigorosa. Su barba y su cabello empiezan á platearse. En su *pago* lo llaman el *Comandante Fausto*.

Su casa es una eterna romería. No hay dia en que no llegue algun paisano que viene á pedir á su caudillo que le componga unas décimas, ya sea para ablandar los rigores de la china de su amor, ya sea para ponerlas en la cruz de un hijo que acaba de perder, ya sea

para cantarlas al són de la guitarra en la próxima trilla ó cualquier otra fiesta campesina.

*
* *

Con pequeños intervalos de sol, la lluvia continuó dos dias todavía ; pero una de esas lluvias lentas y monótonas, que parecen más bien un llanto sin consuelo del cielo entristecido, y que llenan nuestra mente de ideas melancólicas.

El tiempo habia refrescado de tal modo, que el Comandante y yo pasamos junto al fuego esos dos dias, casi sin salir afuera, y leyendo, entre uno y otro mate, poesías de Espronceda.

Don Fausto no conocia más poeta.

La Biblia, un diccionario castellano, algunas novelas de Fernández y González, y los versos de Espronceda : hé ahí todo el catálogo de su gran biblioteca . . . de diez libros.

La Mina Oriental

III

Yo queria visitar la Mina Oriental, distante legua y media de la estancia de Don Fausto.

Cuando el tiempo se compuso, una madrugada tomé el camino de ella en compañía de un ahijado de Don Fausto, llamado Sebastian.

El camino era peor aún que el que dias ántes habia recorrido. Las quebradas, los precipicios, las alturas, eran cada vez más y mayores.

Los caballos que llevábamos, nacidos en la sierra, tenian el casco duro, acostumbrado á la aspereza de las rocas, y sin embargo, no podian salir del paso y trote corto.

De buena gana hubiera yo celebrado la poca ligereza de la marcha, pero ¡ ay ! que la cruzada de tantos cuestarribas y tantos cuestabajos, me sacudian encima del caballo de una manera poco satisfactoria para un jinete tan flojo como yo !

La mina está en la jurisdiccion de Maldonado, y á ocho leguas de la costa.

El trayecto á recorrer por las carretas que llevan el mineral, es muy penoso, y no deja de ser para los explotantes un grave inconveniente.

La mina es de cobre, pero ademas da plomo y un poco de oro y plata.

Hace apénas un año (en 1883) que recien se emprendió su explotacion de una manera seria. Pero su descubrimiento es muy antiguo. Ya en tiempo del coloniaje, los Españoles habian comenzado á trabajar en ella; pero habiendo una tribu de indios tapes asaltado y dado muerte á todos los empleados y peones, fué por largo tiempo abandonada, en virtud del peligro que ofrecia. Despues, cuando un siglo más tarde se la recordó por tradicion lejana, ya no se halló su rastro. Los indios por su parte, y el tiempo por la suya, habian cegado los pozos y galerías principiadas.

Hace poco un ingeniero italiano dió con ella, y por último pasó á ser propiedad de una empresa á cuya cabeza está el Sr. Lezama, conocido capitalista entre nosotros.

*
* *

Llegamos. Un pequeño pueblito se forma en torno suyo. Nos apeamos; y despues de obtener permiso y conductor, bajamos á las galerías, que tienen ya una extension de ocho ó diez cuadras.

Provistos de una candileja de aceite cada uno, el cicerone, Sebastian y yo, nos internamos en aquellas sombrías y estrechas cavidades.

Caminábamos envueltos en una oscuridad tan densa, que no veíamos á más de dos ó tres varas en redor.

De cuando en cuando, cortaba aquella pro-

funda lobreguez una claridad muy débil.....
imperceptible apénas. Era la luz del dia bajando por la entrada de algun pique: palidecia al verse entre las sombras, y moria ahogada por estas lentamente.

Alzábamos los ojos, y á cuarenta ó cincuenta varas de alto, veíamos un pedazo de cielo, que lucia como si fuera un agujero abierto en un manto de tinieblas.

Sólo se oia el gotear incesante del agua, que manaba en todas partes haciendo el piso en extremo resbaloso.

Poco despues, el compasado són de unas piquetas retumbando secamente, apagó los cuchicheos de las gotas.

Los golpes resonaron más cercanos: algo como el hablar de varias voces llegó á nuestros oidos: y de pronto, al doblar una curva del camino, divisamos unas luces que con un brillo así como empañado, entre aquella negrura se movian, como los fuegos fátuos en una noche horriblemente lóbrega.

Allí estaban los mineros balanceando las piquetas sobre el muro, al compas de las aspiraciones ruidosas de su aliento. A cada mordedura en el peñasco, el hierro chispeaba exhalando un grito seco.

No es extraño que esa gente no goce de salud, teniendo, como tienen, que aspirar aquella atmósfera ocho ó diez horas diarias. Nosotros, en quince ó veinte minutos solamente que hacia que recorríamos aquellos subterráneos, ya nos sentíamos mal: una

sensacion, así como de resfriado, invadia nuestro cuerpo.

Salimos.

La transicion fué brusca. Nuestros ojos apénas podian soportar la claridad del sol, que era un verdadero sol de verano, ardiente y sofocante.

Un panorama espléndido

IV

Hay una cosa que oprime el corazon cuando se está entre medio de montañas : y es mirar la estrechez del horizonte.

Si estaba en las partes bajas, mi vista sólo alcanzaba á dominar algunas cuadras . . . . media legua, cuando más. Si estaba en las partes altas, una extension más ámplia se abria ante mis ojos, pero aquella sucesion no interrumpida de cumbres y de cumbres, como olas y más olas de un océano, me ofrecia un aspecto tan monótono, que preferia los angostos valles, desde donde el espacio parecia un toldo azul sujetado en las cimas de los cerros.

Una mañana, Sebastian y yo, jinetes en caballos vigorosos, emprendimos la ascension de una altura dominante, desde la cual se me habia dicho que se veia una extension inmensa de campaña.

Eran las seis. El dia prometia ser abrasador, pues el sol empezaba á levantarse detras de una montaña, con el color rojizo de una moneda de cobre que recien se ha acabado de acuñar.

La ascension ofrecia mil obstáculos. Ya eran inmensas piedras, ya espesos y espinosos matorrales, ya montes de arrayanes, de

arueras y de chircas, en los que era imposible penetrar.

Teníamos que subir por la montaña como quien sube por una escalera de caracol: dando vueltas al redor.

A veces nos deteníamos; y Sebastian, con un hacha que al efecto habia llevado, la emprendia con los árboles que obstruian el camino.

Hacia tiempo que nadie lo cruzaba.

Andábamos con tiento, porque en aquellos montes, donde jamas transita humana planta, hay víboras de cascabel y de la cruz, de castas degeneradas y pequeñas, y en corta cantidad, pero tales y suficientes sin embargo para ofrecer peligro.

No hay enemigo chico, y á veces son los chicos los peores.

Esto nos pasaba á nosotros. Nubes inmensas de insectos, levantándose en vuelo bullicioso al rumor de nuestros pasos, nos causaban más molestia que si fueran furiosos elefantes. Venian, revolaban un rato murmurando al redor de nuestro oído, como para confiarnos un secreto, nos daban en la piel el beso de bienvenida, y danzaban despues en rumorosos giros, como locos de contentos, escoltando nuestra marcha.

Al cabo de una hora larga de camino, llegamos á la cumbre.

¡Qué espectáculo soberbio desplegóse á nuestros ojos!

Domínase desde allí una extension de veinte á treinta leguas. Vense á poca distancia los

últimos peñascos de la sierra, cuyas alturas van disminuyendo gradualmente, hasta que al fin se dilata la llanura. Aquí, verdes cuadrados de maizales ; allí, amarillas zonas de pasto seco ya ; mas allá, unas cosas blancas unidas como en grupos..... Miro con los gemelos.... Son pueblitos de campaña. Ya montes, ya cuchillas, ya arroyos, que relumbran al resplandor del sol como rieles de acero que indecisos tomaran caprichosas direcciones ; ya caminos reales, que parecen largas serpientes negras arrastrándose entre el verde y amarillo de pastos y plantíos.

Clavando fijamente los gemelos, se ven moverse unas cosas muy pequeñas..... Parecen microscópicas hormigas..... Son tropas de ganado vagando libremente por el campo.

Y allá léjos, muy léjos, mirando al sudoeste, se ve elevarse algo, algo muy grande... una montaña ! Parece una cabeza gigantesca que se asoma en el horizonte á escudriñar. Es el cerro de Montevideo. Y desde éste, corriendo la mirada hácia la izquierda, se ve una faja azul abrillantada, que parece acabar en otra altura. Es el mar, ó más bien dicho, el Rio de la Plata todavía, que se divisa hasta que el cerro de Pan de Azúcar se interpone.

A ese lado se extiende la cadena de otra sierra, y unas montañas blancas, como cubiertas de nieve. Son los inmensos médanos que ocultan tras de sí la ciudad de Maldonado.

Como una media hora todavía me detuve en la cumbre contemplando embebecido aquel

paisaje. Queria absorber con la vista su belleza y sus colores.

Pero de pronto una idea me decidió á apartar los ojos y á bajarme. Me estaban dando ganas de hacer versos, y no quise profanar aquel sitio encantador.

V

Habia sido convidado para asistir á un baile.

Sebastian volvió á ser mi acompañante.

Yo, desde que tenia conocimiento de que solian hallarse por allí víboras de cascabel y de la cruz, no me atrevia á andar solo.

No es porque tuviera miedo..... sino que mi carácter es de suyo muy pacífico, ¿y por qué habia de andar peleándome con nadie?

El baile se efectuaba en una estancia de allí cerca, donde aquel dia se habia acabado de trillar; y como es de tradicion y clásico rigor, se festejaba así el final de la faena.

La poblacion constaba de tres ranchos pobremente construidos. Las paredes eran de terron, el techo de junquillos, y el piso nada más que el natural.

El más grande de los ranchos constituia el salon de baile.

Dos docenas de sillas, de fábricas y clases diferentes, ornaban las orillas. Las unas eran cojas, las otras sin respaldo, aquellas con el asiento en esqueleto, y en fin, para colmar la variedad, ninguna de ellas tenia igual altura.

Su vista me hacia el efecto de dos docenas

de soldados inválidos, de distinta medida y uniforme, formados en cuadro en torno de la pieza.

En cada uno de los cuatro ángulos habia unas rinconeras, donde ardian con lánguido fulgor cinco ó seis velas gallardamente embutidas en botellas de forma tambien diversa.

¡ Nada de simetría! *Per troppo varïar*, etc.

Tambien habia una mesa con tortas y pasteles y algunos frascos de caña y de licores; y en las paredes unos cuantos cuadros..... es decir: no todos cuadros: los habia que eran estampas solamente, fijadas con cuatro clavos en el muro.

La música se componia de un acordeon y dos guitarras.

Una veintena de *mozas* y de mozos, otra tanta de viejas y de viejos, y alguno que otro muchacho de centinela al lado de la mesa, es decir, de los pasteles, componian la reunion.

*
* *

Rompió el baile un *pericon*.

Yo tambien formé parte de él, y como ese baile no figura en mi repertorio coreográfico, produje un entrevero de mil diablos.

Lo que me valió, para no quedar haciendo un papel muy desairado, fué que en la parte en que hay que decir versos, deslumbré á la concurrencia haciendo unas improvisaciones asesinas, pero que para aquellos

infelices eran la revelacion de un genio poético del grandor de un mastodonte!

Se olvidaron por lo tanto de mi ignorancia en el arte coreográfico, y fuí el chiche mimado de las mozas. Todas me pedian versos, y yo, radiante de inspiracion y de alegría (no crean que causada por aquel licor de rosa que habia sobre la mesa), empecé á derramar versos y más versos, envenenando así criminalmente aquellas inteligencias sanas aunque rústicas.

Uno de los guitarreros era payador, y como el diablo anda siempre metido en esto de versos, álguien expresó la peregrina idea de hacernos, á él y á mí, nada ménos que trabar una justa literaria!

Venancio, que así se llamaba mi rival, no respondia nada, mirándome indeciso. Yo para mis adentros creo, sin modestia, que temia por la existencia de su cimentado crédito poético.

Yo, por mi parte, cansado ya de decir tanto disparate, me resistia de una manera heroica, y alegaba que........

En esta lucha estábamos de ruegos y protestas, cuando todos enmudecimos de pronto sorprendidos. Gritos desgarradores se oian á lo léjos, y algo como el continuo golpeteo del casco de un caballo desbocado.

*
* *

Salimos afuera todos en seguida. La noche era clarísima; y á la luz de la luna, vimos

un hombre que venia corriendo en direccion al rancho, y un caballo á lo léjos, que escapaba salvando precipicios y saltando vertiginosamente entre los riscos, como si fuera montado por un espíritu infernal.

El cabello en desórden, el traje desgarrado, el rostro cadavérico, el aliento entrecortado, aquel hombre se acercaba.

Era Sebastian.

No podia contestar á nuestras preguntas. El miedo y el cansancio ahogaban sus palabras.

Por último exclamó tartamudeando y señalando un ombú de allí á dos cuadras:

—Allá.... en el ombú.....una.....ví.... bora.....de.....cas.....cabel!.... Creo..... que me ha.....picado!

Todos se aterrorizaron, porque la mordedura de esa víbora causa la muerte casi en el instante, segun creencia general entre ellos.

Los más valientes corrieron al ombú. En mí la curiosidad venció el temor, y tambien fuí.

Allí estaba el reptil arrastrándose en direccion al tronco, para enroscarse en él indudablemente.

Tenia tres varas de largo. Su piel era de un color castaño claro, cruzada de arriba á abajo por una gruesa lista dorada en forma de zig-zag. Su cabeza era grande y achatada, distinguiéndose en ella la boca ancha y abierta, y los ojos redondos, verdes y brillantes, que relumbraban á la luz de la

luna como dos esmeraldas algo pálidas. Terminaba con una cola negra matizada de pequeñas manchas grises, sacudiendo en la punta un cascabel.

Éste era una cáscara seca compuesta de una especie de anillos que producian al ser movidos por la víbora un ruido áspero y seco como el de piedras sacudidas en una caja de metal.

Al vernos, el reptil se enfureció y pareció prepararse como para dar saltos de ataque.

Algunos habian venido con picanas, y pusiéronse á pincharlo desde léjos.

Yo tenia en la cintura un revólver de seis tiros. Hice un balance rápido en mi mente, y vi que mi activo daba una suma de valor bastante exigua.

Pero pensé que poniéndome algo léjos no corria peligro mi existencia; y esto me animó para acercarme al grupo, alzando el arma, y dominar sus voces exclamando con acento valenton:

—¡Apártense! ¡Déjenmelo! que yo quiero vengar á Sebastian!

Verdaderamente: yo deberia de tener en aquel momento un aspecto muy temible, porque todos se apartaron con señales de acatamiento.

Me puse á una distancia respetable, porque al fin tenia familia, y disparé cinco tiros rectamente á la cabeza del reptil. Es decir: mi intencion era de que fuesen rectamente á la cabeza, pero no sé si era el

viento ó qué seria, se ladeaban de tal modo, que si uno dió en la panza, otro apénas dió en la cola, y los demas no dieron en ninguna parte.

Me quedaba un sexto tiro. Lo disparé. Fué recto á la cabeza. Dios me perdone, pero creo que porque entónces yo habia apuntado al cascabel.

La víbora murió instantáneamente. Las muchachas, que estaban á una distancia, se acercaron.

Ya me vanagloriaba yo en idea con traer aquel trofeo de mi valor á Buenos Aires, y hasta usarlo en el vestido, como hacian los hombres primitivos con las pieles de las fieras que mataban, cuando una de las mozas á quien yo habia festejado con gran predileccion momentos ántes, dirigiéndole estrofas incendiarias, me dijo con un tono muy dulce y persuasivo:

—¡Ah mozo! ¡si ustè supiera cuánto tiempo hace que suspiro por una sobrecincha de víbora de cascabel!...... ¡Es un cuero tan bonito!

Y acompañó estas palabras con una mirada tan tierna y...... ¡vaya! tan....... que no pude resistir, y le puse la víbora en las manos.

—Señorita: desde la primera bala, tuve la intencion de regalarle el cuero.

*
* *

Volvíamos á las casas, pero no volvíamos alegres como era de esperarse. Nublaba nuestro triunfo la idea de hallar á Sebastian quizá en las últimas. Pero con gran sorpresa lo vimos á mitad del camino, que venia gozoso á nuestro encuentro.

Su herida no habia pasado de un gran susto. El mordido habia sido su caballo, y éste lo habia salvado, pues al sentir la víbora, habia lanzado al jinete á unas varas de distancia, entregándose despues á la carrera desenfrenada en que lo habíamos visto.

Pero ahora se me ocurria una pregunta: ¿Cómo andaba Sebastian cortando campos, cuando momentos ántes, al bailar el pericon, lo habia visto al lado mio? ¿Por qué se habia ausentado?

Hé aquí lo que supe por él mismo: Celoso de su novia, que no habia venido al baile, y miéntras nosotros estábamos de versos y jarana, él se habia escurrido para fuera sin que nadie lo notara, con el objeto de ir hasta la casa de ella, á verla ó á expiarla; habia montado á caballo, y al pasar por el ombú...... Ya se sabe lo demas.

Y tal fué la impresion que le causó el encuentro de la víbora, que el ardor de su pecho helóse por completo, y ya no pensó más aquella noche en ir á expiar á la dama de sus pensamientos.

—¡Siga el baile!—gritamos todos á una! ¡A ver! ¡toquen la música!

Y cada pareja se buscó con los ojos y los brazos.

Pero la música no sonaba. Era que no se hallaba á Venancio, el payador. Su guitarra estaba allí sobre una silla; pero él no parecia.

Aquello nos contrariaba, porque él era el director, el alma de la música.

—¡ Vaya ! ¿ si se habrá puesto celoso éste tambien?—dije yo para mi.

En esto supimos que estaba en el fogon.

Sentado sobre un tronco, inmóvil, pensativo, la frente entre las manos, parecia no oir nuestros llamados.

Por último se alzó, y pidiéndonos disculpa, nos anunció que se iba á retirar, porque estaba algo indispuesto.

Efectivamente: su rostro estaba pálido y extraño. Un continuo temblor nervioso hacia vibrar todos sus músculos.

Excitados por la curiosidad y el interes, lo asediamos con una lluvia de preguntas; y en el desórden y contradiccion de sus respuestas, comprendimos que otra cosa que una enfermedad habia de por medio.

Miéntras tanto, poco á poco lo habíamos llevado hasta la sala.

Allí se dejó caer tristemente en una silla.

Volvimos á la carga, y yo principalmente, que en mi vida de repórter, he adquirido la costumbre de meterme en todo.

Venancio comprendió que era imposible zafarse de aquella nube de curiosos, y dejándose de frases evasivas, expresóse en estos términos:

VI

—El mayor mal que la víbora de cascabel puede hacer á otras personas, es darles la muerte. A mí me ha hecho un mal más grande todavía: me ha dado la vida.

Creció nuestra curiosidad al oir estas palabras: insensiblemente nos fuimos estrechando en torno suyo: y él prosiguió con aire contrariado, como quien quisiera evitar la evocacion de un recuerdo doloroso.

—Soy del valle del Aiguá. Allí está todavía la casa y el campito de mis padres. Yo hace tiempo que no veo esos lugares. Ando, desde que tuve reflexion, rodando de pago en pago.

Reclinó la cabeza pensativo, como para eslabonar ideas que desde mucho tiempo su mente no evocara; y yo aproveché el momento para observar con detencion su fisonomía y su traje.

Hasta entónces, con el bullicio y confusion del baile, no habia fijado mucho mi atencion en él. Ahora que lo hacia, veia que verdaderamente era digno de ella.

Su talla era mediana.....más bien alta; su barba y sus cabellos, negros y lustrosos; tan lustrosos como si acabaran de ser mojados por la lluvia; sus ojos, negros y limpios,

de esos de óvalo tan blanco, que hacen resaltar de una manera extraña las pupilas; su cuerpo, algo delgado; su nariz, aguileña; su perfil, correcto; su color, pálido mate. Vestia chiripá negro ceñido á la cintura con un sencillo tirador de cuero, sin monedas ni colgajos, y blusa color café. Calzaba bota baja. Su presencia era gallarda. Su edad frisaria en los veinticinco años.

Nadie lo interrumpia en su silencio.

Levantó la cabeza, y continuó :

— Diez años hacia que mis padres se habian casado. Tenian con qué vivir regularmente, y se querian como si fuesen novios todavía. Su estancia, situada en un paraje solitario, léjos de los caminos concurridos, casi no sufria perjuicios con las guerras.

La hacienda se aumentaba como si creciera de semilla en el campo.

Mis padres habrian sido felices por completo, si una sola circunstancia no hubiera venido continuamente á amargar sus alegrías : no tenian ningun hijo ; y lo que era más triste todavía : no tenian ningun hijo, porque todos se les morian al rato de nacer !

Ya iban tres que llevaban esa suerte.

Mi padre fué á consultar los médicos del pueblo. Estos recetaron remedios y remedios á mi madre ; pero nada valió, todo fué inútil : el hijo de que estaba embarazada, tuvo la misma suerte que los otros.

La llevó á Montevideo. Gastó todo el dinero de una tropa en hacerla reconocer por los más famosos médicos de allí. Estos le dieron á

tomar una botica entera y verdadera; pero tambien fué inútil: el nuevo hijo se murió lo mismo que los otros al rato de nacer.

Cansados ya mis padres, se resignaban á morir sin dejar un solo hijo, cuando oyeron hablar de una curandera que vivia allá por Rocha, y que tenia asombrado á todo el departamento con sus curas milagrosas.

Fueron á verla.

Era una india vieja, de esas de raza pura que pocas se ven ya; y curaba con los remedios que usaban antiguamente los Charrúas.

Enterada del caso de mi madre, se rió de la ciencia de los médicos, y prometió á mi padre, que si él se resolvia á exponer su vida con un acto tremendo de valor, ella le aseguraba que el hijo que esperaba habria de vivir.

Mi padre prometió que haria cualquier cosa, por más terrible que fuera, con tal de conseguirlo, y la india le dijo en conclusion:

—Es preciso que en seguida de salir de cuidado su mujer, Vd. corte el cascabel á una víbora, que esté viva, se comprende, y sin pegarle primero en la cabeza; y se lo ponga despues al recien nacido en el pescuezo á manera de reliquia. Pero ha de ser Vd. mismo quien lo corte, y sin que nadie lo ayude. Sino, el remedio pierde su virtud.

Cuando mi madre estuvo ya muy gruesa, mi padre resolvió abandonar su estancia por un tiempo, y se dirigió con ella á lo de un hermano suyo en Pan de Azúcar, donde sabia que habia gran cantidad de víboras.

Un dia, muy cerca de las casas, halló la

cueva de una ; y desde entónces se puso á aquerenciarla con leche y otras cosas de su gusto, para que no mudara de lugar.

Llegó por fin el dia, ó más bien dicho la noche en que mi madre salia de cuidado. Tomó mi padre un sable, y se encaminó á la cueva de la víbora.

Puso un jarro de leche cerca de la entrada, dió un silbido imitando el que ellas dan, y esperó con el sable en alto á que saliera.

No esperó mucho tiempo : estaba hambrienta : en seguida asomó entre el matorral haciendo resonar el cascabel.

Como Vds. saben, la víbora no muere, si no se tiene la precaucion de cortarle primero la cabeza ; y el tirarle algun golpe para herirla en otra parte, es peligroso, porque da en seguida el salto y se prende en el cuerpo sin remedio.

Sin embargo, mi padre no tembló : se arrimó, dió el sablazo, y acertó á sacar limpio el cascabel.

Al verlo, la víbora se habia enroscado por completo, con la cabeza en alto, clavándole los ojos encendidos, y moviendo la cola vivamente. Pero en cuanto sintió que estaba herida, dió un salto enfurecida, y se arrolló en el cuerpo de mi padre. Lo mordió : él pegó un grito : ella se desprendió cayendo al suelo como desfallecida ; y al cabo de un momento, se levantó de pronto y volvió rápidamente hácia la cueva.

Un peon que habia acompañado á mi padre, quedándose á una distancia, sin tomar

parte en la empresa, como la india lo habia prevenido, se adelantó entónces, lo alzó, ya con las ansias de la muerte, y lo llevó á las casas enancado en su caballo.

Cuando llegaron, mi padre agonizaba, pero tenia aferrado en una mano el maldito cascabel lleno de sangre!

Apénas pudo ver con los ojos nublados por la muerte al hijo que acababa de nacer, y con las manos trémulas le colgó en el pescuezo la reliquia.

—¡Aquí está! —dijo Venancio interrumpiéndose: y entreabrió su camisa, dejando ver en torno del pescuezo una cintita negra y un cascabel pendiente de su centro.

—Aquel hijo era yo. Viví; pero arrastrando la fatal maldicion de ese recuerdo, y de otro, que no me es ménos triste todavía: ¡mi madre murió en seguida de pesar! Quedé huérfano al nacer. Mis padres no vieron crecer á su hijo, aquel hijo que tanto habian deseado, y que los pobres creian que era lo único que faltaba para completar su dicha!

*
* *

Aquí calló Venancio, y se cubrió la frente con las manos, quizá para llorar!

Estaba tan conmovido, que sus últimas palabras habian salido vibrando de sus labios como ondeadas por el viento.

La historia habia sido horriblemente lúgubre. El auditorio callaba emocionado. Una

fuerza interior sellaba nuestros labios, oprimiendo como con mano ruda el corazon !

Yo ya no pude más, y para ahogar mi pena, dirigíme hácia la mesa, y como quien resuelve suicidarse, me empiné una copita de licor de rosa.

¡ Truenos y rayos con el tal licor ! ¡ Y qué asesino era !

¡ Así maten víboras de cascabel al fabricante !

EL CAIMACAN DE PERSIA

Cesó por fin la transicion del sueño á lo real : todo lo comprendí : sólo el robusto puño y el órgano vocal desmesurado de la china sirvienta de la casa en que me hospedo, podian ser los autores de aquella batahola.

—¡ Pun ! ¡ Pun ! ¡ Pun ! . . . . . ¡ Ahí lo buscan !

Y la puerta se estremecia como temerosa de aquellos golpes furibundos, repetidos con una prodigalidad endemoniada.

— ¡ Allá voy ! — contesté.

Me levanté, me puse presentable, y abrí.

— ¿ Quién me busca ?

— No sé quién es, señor ; pero ahí me dió esta tarjeta.

— Pues hágalo entrar á la sala.

Miré la tarjeta ; y como ya estaba despierto, como no podia pensar en que soñaba, creí que estaba loco.

La tarjeta decia :

El Caimacan de Persia

—¡El Caimacan de Persia! . . . . ¡Un dignatario asiático! . . . . ¡Qué diablos será esto!

Pero un rayo de luz pareció alumbrar mi mente, y agregué para mis adentros sonriéndome:

—Esto debe de ser algo de los muchachos de la Redaccion.

Y dispuesto á divertirme con la broma, arreglé mi *toilette* en dos minutos, y pasé á la sala.

Al cruzar el umbral, un individuo tendido á la oriental sobre el sofá, se levantó con cierta negligencia, me saludó ceremoniosamente, y volvió á su primera posicion.

La risa me retozaba en los labios; pero aferrado á la idea de que aquello era una jugada de mis compañeros de Redaccion, procuré á mi vez tomar un aire cómicamente digno.

Pero ántes de referir la escena de mi entrevista con el Caimacan de Persia, voy á explicar la causa de la sospecha que yo habia concebido.

* * *

La noche anterior, en mi casa, despues de una comida, celebrada en el patio á causa del calor, — comida á la que habian asistido algunos de mis compañeros de tareas, — habia recaido de sobremesa la conversacion . . . . digo mal, el vocerío . . . . más aún, la tormenta de palabras, en los heróicos tiempos de la Andante Caballería.

Yo la habia promovido ; porque á mí, como al poeta,

Plácenme historias pasadas
de Andante Caballería,
y en ser las noches llegadas,
olvidar penas del dia
con los cuentos de las hadas.

El entusiasmo se desbordaba en nuestros labios.

Yo llegué hasta proponer á mis amigos el emprender, como el héroe de Cervántes, la resurreccion de aquella edad dorada.

—¡Qué! — les dije, empinándome en mi asiento, con los ojos furibundos y la actitud melodramática de un orador de barricada.— ¡Qué! ¿Acaso la sociedad en que vivimos, corrompida hasta lo último, no necesita del gigante esfuerzo de algunos de sus miembros, para extirpar con algun remedio heróico el cáncer de los vicios que la roe? . . . .

Hice una pausa para tomar aliento ; y aunque mi pregunta no era más que una figura de retórica, todos hicieron *sí* con la cabeza .

Continué :

—¿No vemos entre nosotros individuos que de simples patanes, pasan, ó más bien dicho, saltan, en un abrir y cerrar de ojos, á los primeros puestos del Estado? ¿imbéciles, que del azar de una vida vagabunda, se convierten de la noche á la mañana en *gentlemen* airosos y correctos de la calle de Florida? ¿pilluelos, que de escribientes de un corredor de Bolsa,

se trasforman, por el arte de *encantamento* de los cinco dedos, en reputadas firmas de la plaza? ¿coquetuelas de vicioso corazon, que de bailes de guitarra en los suburbios, y vendiendo, ó prestando, ó cediendo — si el caso es perentorio — sus encantos, llegan á verse reinas de los aristocráticos salones? . . . . ¡Oh! ¡suene por fin la hora de la justicia! ¡Hagamos de la prensa nuestro Rocinante de batalla, y en ella caballeros, emprendamos la cruzada social! ¡Flagelo al vicio! . . . . . , Hay que regene . . . .

Las carcajadas de mis amigos cortaron mi discurso helando mi elocuencia.

— ¡Hurra al moderno caballero andante, al Quijote del siglo diecinueve! — dijo uno de ellos: todos me aclamaron: y él, levantándose, y tomando un baston que habia en un rincon, y acercándose á mí con apostura impagablemente cómica, agregó, dándome en las costillas un gentil espaldarazo:

— ¡Anda por esas calles, alma noble! ¡Yo te armo caballero!

Las risas continuaron, ahogando mis protestas: y temiendo mis amigos con razon que volviera yo á hacer uso de la palabra, me convidaron á salir á tomar el fresco, lo que francamente creo que me era muy necesario, despues de una comida fuerte como la que habíamos hecho.

*
* *

Volvamos, pues, al Caimacan de Persia.

—¿A qué debo el honor de esta visita? —preguntéle.

—Señor: vivo aquí al lado. Habiendo subido anoche á la azotea con el objeto de tomar un poco el aire, me enteré casualmente de la conversacion que Vd. y sus amigos sostenian en el patio.

—¡Ah! . . . .

Más seguro entónces en mi idea de la broma, me acometió otra tentacion de risa.

El Caimacan no pareció inmutarse, y continuó con aire siempre grave:

—En vista de las ideas expresadas por Vd., voy á confiarle un secreto de grandísima importancia.

Y miró á todas partes con aire receloso.

Era el aspecto de aquel individuo tal, que no supe si volver á reirme, ó si permanecer en mi estudiada gravedad.

—Hable Vd. Soy una tumba. —dije, poniendo una mano abierta sobre el pecho.

—¿Leyó Vd. mi tarjeta? —continuó el sugeto, con la voz y ademan misteriosos de un conspirador.

—Sí, señor: sé que es Vd. el Caimacan de Persia. —repuse yo, mordiéndome los labios al recordar su título.

—Pues bien: viajo de incógnito: solo Vd. sabe quien soy.

—¿Y de dónde viene Vd.? —dije á mi vez, haciéndome tambien el misterioso.

—Pues, de Persia. ¿De dónde he de venir?

Ya estaba yo dudando de que aquello fuera

broma: creí mas bien que me las habia con un loco.

—¡Aaaah! . . . . ¡de Persia! . . . .

Y me retiré preventivamente algunos pasos del personaje asiático.

Recien entónces lo miré bien.

Vestia todo de negro; tendria treinta años; sus facciones no presentaban nada de notable, pero lo que sí, sus ojos tenian un modo de mirar poco tranquilizador . . . .

¡Ya no me cabia duda! ¡Me las habia con un orate!

Tomé el lado de la puerta, por si acaso, pero no quise disparar aún; hice de tripas corazon, y me quedé, dispuesto sin embargo, á dar un pronto fin á la entrevista.

—¿Y qué es lo que lo trae á Vd. por Buenos Aires?

—Un importante encargo de mi Shah.

—¿Y qué es lo que quiere el Shah?

—Mi Shah quiere . . . . Pero voy á poner á Vd. en antecedentes. Es toda una historia.

La princesa Calchimira, hija del Shah, está sufriendo desde hace algun tiempo de un dolor en las puntas del cabello, que la pone á las horas en que duerme en un estado tal de inmovilidad, que ella misma no puede darse cuenta de él, pues se pasa toda la noche en un sueño, el que le dura á veces hasta las nueve y diez de la mañana.

—¡Pobre niña! ¡qué martirio! ¡Eso no es vida!—exclamé compadecido, y dí otro paso atras, mirando la puerta de rabo de ojo

—¡ Figúrese usted ! —prosiguió el Caimacan —¡ El Shah está como loco ! . . . .

—¿ Y qué dicen los médicos ?

—Ahora verá Vd. El Shah los reunió á todos en consulta : y todos se quedaron indecisos. ¡ En vano recetaron mil remedios ! Ninguno acertó con la manera de curar á la princesa.

Desesperado el Shah, como último recurso, mandó buscar al reputado mago Saquileo, que vive retirado . . . . ¡ qué sé yo dónde ! ¡ Allá en la loma del diablo !

El pobre, como está tan léjos de la capital, y era cosa de gran prisa, no tuvo más remedio que venirse por el aire. ¡Figúrese Vd. ! ¡estábamos en lo más crudo del invierno ! Sacrificio por lo tanto que el Shah le agradeció con toda el alma.

Saquileo vió á Calchimira, reconocióla con sólo una mirada de rabo de ojo, y al punto dijo al Shah :

—Altísimo y serenísimo señor : Para curar tu hija, necesitas que uno de tus más fieles servidores vaya en peregrinacion — por todos los países del mundo, si es preciso — en busca de un elefante de tres colas boca arriba, del que existe solamente un rarísimo ejemplar sobre la tierra.

—¿ Un elefante . . . . de tres colas . . . . . y boca arriba ? . . . . —exclamé, haciendo un esfuerzo homérico para no estallar de risa.

—Sí, señor —contestó impasiblemente el Caimacan.

Y haciendo una reverencia, con una mano puesta sobre el pecho, prosiguió :

—Y soy yo quien ha tenido el honor de ser encargado de esa comision.

—¡Pues caramba! que no es una bicoca lo que receta el mago Saquileo! . . . . ¿Y si está boca abajo el elefante?

—¿Si está boca abajo? . . . .

Y el Caimacan pareció desconcertarse. Rascóse maquinalmenle la cabeza como si le picara alguna idea; pero despues de un breve instante de vacilacion, repuso resueltamente, como quien corta una cuestion de un solo golpe:

—¡Bah! ¡Lo daré vuelta!

—¿Y qué va á hacer la princesa con el elefante? . . . . . ¿Es para montar en él, ó adorarlo en algun templo, ó simplemente comérselo poco á poco?

—Para ninguno de esos tres usos. La princesa tiene que extraerle con su propia mano, en una noche en que la luz del sol no sea visible, un colmillo que todavía no dé indicios de salir, y colgárselo á sí misma despues en el pescuezo á modo de reliquia.

Yo ya estaba azorado: ya no me sonreia. Solo pensaba en zafarme del dignatario persa.

—¿Y en qué puedo serle útil?

—A eso voy. Yo no soy hombre de armas llevar. Me he criado en las oficinas de palacio, y nunca he conocido más guerra que el tira y afloja de las intrigas cortesanas. Ahora bien, ¿no podria suceder que el elefante quisiera resistirse á hacer el viaje? . . . . Y como Vd. desea darse á la andante caballería, vengo á solicitar su proteccion, para con su valiosa

compañía dar fin á esta aventura. Y . . . . . . ¡quién sabe, quién sabe, si al llegar á Persia, conduciendo nuestro bendito elefante de tres colas boca arriba, la princesa Calchimira agradecida no se enamora de su gallardo caballero !Y . . . .—ya Vd. me entiende . . . .— la hija de un Shah ! . . . .

—¡ Vaya, vaya si lo entiendo ! . . . . ¡ Estoy loco de contento ! . . . . Mire, señor Caimacan : vuelva tranquilo á su casa, y espéreme allí no más, que dentro de media hora soy con vd., armado de todas armas, y pronto á la conquista del preciso elefante de tres colas boca arriba.

—¡ Oh generoso corazon ! ¡ Vd. es un gran hombre !—dijo el asiático ; y sin que yo pudiera evitar el movimiento, me estrechó entre sus brazos fuertemente.

—¡ Ay !—grité sin poderlo remediar.

Fué tal mi susto, que ni una gota de sangre me quedó en las venas.

Sin embargo, hice un esfuerzo de ánimo, me desasí de mi agradecido persa, y vi con satisfaccion que se disponia á no cargosearme más, pues se retiraba muy apresurado ; sin duda para esperarme aprontando su equipaje, halagado con la idea de empezar pronto conmigo en amor y compaña la andante correría.

*
* *

Respiré con todos mis pulmones cuando lo vi salir ; y para prevenirme de una nueva visita de su parte, decidí tomar el tramway,

irme á ver á Meléndez, y hacer que dispusieran á mi hombre en el Hospicio de las Mercedes un buen alojamiento — tan bueno como correspondia á un Caimacan de Persia; — donde se encargarian, á fuerza de duchas, de hacerle olvidar á su princesa enferma de las puntas del cabello cuando duerme, y á su milagroso elefante de tres colas boca arriba.

— A Meléndez —pensé— no lo he de poder ver hasta las once. Voy á almorzar primero, y despues iré al Hospicio . . . . Sí: tengo tiempo . . . . Recien serán las diez . . . .

Y eché mano al reloj para mirar la hora.

¡ Pero el reloj no estaba !

—¡ Ah, hijo de perra! ¡ me ha fumado! — exclamé, al alumbrarme la verdad.

El Caimacan de Persia, cuando me diera aquel estrecho abrazo, me habia sustraido con gran habilidad el reloj de mi bolsillo, sin duda para llevarlo al Shah como una curiosidad de estos países.

¡ No en balde me habia dicho aquel bribon que solia andar por las azoteas tomando el fresco !

*
* *

Esa misma tarde, y en momentos en que escribia este artículo, entre suspiro y suspiro por mi perdida alhaja, volvió á sonar en mi puerta el ¡ pun ! ¡ pun ! de la sirvienta que llamaba, creyéndome de siesta, pues como para mí el dormir es el placer de los placeres, aprovecho todas las ocasiones posibles para dármelo, ya sea de dia ó de noche.

Pero ese dia, la impresion del suceso del reloj no me habia dejado pegar los ojos ni un instante.

—Éntre no más — le dije.

—Una carta para Vd.

Rasgué el sobre, y leí :

« Señor caballero andante :

« Una órden perentoria de mi Shah me obliga á ausentarme de Buenos Aires precipitadamente.

« Como no tengo tiempo de ir á volverle el reloj que distraidamente saqué de su bolsillo, le remito la órden adjunta, para que se lo entreguen donde allí verá, casa de mi completa seguridad donde acabo de dejarlo.

« Si acaso encuentra al elefante de tres colas boca arriba, póngalo boca abajo hasta que yo vuelva.

El Caimacan de Persia. »

¡ Y la órden que el bribon acompañaba, era un boleto del Monte de Piedad !

UNA TIENTA DE TOROS

La locomotora silbó aguda y largamente, ya subiendo, ya bajando la intensidad de su grito penetrante, y empezó á disminuir grado por grado la fuerza de su marcha. De la velocidad del huracan, pasó al andar comun de los vehículos; de éste, al paso perezoso de quien va lentamente pasando; y por último, detúvose, haciendo crujir con violencia las cadenas y el maderámen de su convoy.

Habíamos llegado al término del viaje: estábamos en la Barra de Santa Lucía, cinco leguas de Montevideo.

Nueve personas bajaron de un wagon, y y tomaron en grupo hácia la orilla.

Eran siete individuos de la cuadrilla de toreros, Enrique Pereda—su empresario— y yo, que como repórter de *El Diario* me hallaba en Montevideo ese verano.

Los siete diestros eran: el primer espada *Cuatro-dedos*, los picadores *Badila, Agujetas* y *Perico Ortega,* los banderilleros *Primito y Califa*, y el afamado mono-sabio *Félix*, mayordomo de la plaza y especie de factótum.

Todos iban vestidos con sus pintorescos

trajes bien ajustados al cuerpo, y sus camisas blancas de cuellito corto y pechera de volados, entre cuyas ondulaciones solia destacarse, como una gruesa gota de rocío iluminada por la luz del sol, uno que otro brillantito del volúmen de un grano de maíz; y cubrian su cabeza con el tradicional chambergo de copa aboyada en forma circular, dejando caer de la nuca, hasta perderse en el cuello, la trencita de pelo donde en los dias de lidia prenden la moña.

*
* *

Llegamos á la orilla, para tomar un bote y pasar al otro lado, donde están situadas las estancias de Andion y de Echenique. Ibase á hacer en ellas la tienta de los toros que habian de lidiarse en la temporada próxima á empezar.

El rio Santa Lucía tiene en aquel punto como unas ocho cuadras de ancho.

Ese dia estaba de muy mal humor: inquieto, turbulento, como rezongando por alguna cosa en el vaiven incesante de sus aguas. La corriente era fuerte y rapidísima.

Al ver su aspecto bravío, y pensar en lo frágil y pequeño del bote que nos habia de pasar, no puede menos de deplorar mi próximo destino. Sentíme con deseos de decir algo, de insinuar lo peligroso de aquella travesía; pero al fijar la vista en mis acompañantes, hallé impreso en sus rostros un aire tan resuelto, que no dije una palabra,

y disponiéndome á hacer el papel de valiente lo mejor posible, miré las olas con desden olímpico!

Dijo el botero que no podia llevar á los nueve de una vez, porque la fuerza de la corriente no permitia cargar demasiado el bote; y aunque yo hubiera querido previamente ver ensayar á otros el pasaje, las galantes instancias que se me hacian, como una distincion, me obligaron á ser de los primeros; y me embarqué juntamente con Pereda, *Cuatro-dedos* y el *Primito*.

Los otros cinco diestros quedaron en la orilla para un segundo viaje, pues era aquel bote el único que hendia aquellas aguas.

Hay tambien una balsa, pero en ese momento estaba léjos, ocupada en pasar una gran tropa de ganado.

No bien nos internamos en el rio, empezamos á danzar al balance de las olas y la música del viento, que soplaba de tal modo, que no nos tenia pensando más que en el sombrero, haciéndonos llevar las manos á la cabeza á cada rato, para contener sus deseos de emprender el vuelo.

El cielo continuaba azul y limpio, haciendo gran contraste con el rio que encrespaba enfurecido su melena de olas desgreñada.

Estas estaban cada vez más irritadas.

Yo no sé si seria por venganza (pues he abusado de ellas en algunos versos), ó si seria simplemente por espíritu de personalidad, pero lo cierto es que al avanzar rujiendo contra el bote, envueltas en la espuma de

la rabia, se descargaban sobre mí con inícua preferencia, y cubriéndome de besos y caricias, ponian pérfidamente á la miseria mi único traje nuevo!

—¡Ay!—exclamé con amarga ironía interiormente,

¡Caricias de leon, amor de fiera!

Y al recordar este verso de *El Arpa Perdida,* suspiré con toda el alma, y no pude ménos de pensar en que desgraciada y prematuramente tendria que surgir un nuevo Andrade para llorar mi próximo naufragio.

Y sí no hubiera sido porque la modestia debe contenernos, áun en los casos más desesperados, casi agrego en alta voz con acento melancólico y ademanes elegíacos:

¡Ay de la débil nave!
¡Ay del bardo gentil del arpa de oro!

* * *

Era el botero un reverendo flojo. Cansóse pronto de luchar con la corriente, y principió á quejarse, diciendo en conclusion:

—¡No se puede pasar á la otra orilla!

—¡Pues volvamos á la de que salimos!—le contestamos todos á una voz.

—¡Yo ya no puedo remar más! ¡estoy rendido!

Y el muy canalla abandonó los remos.

El trance era imponente.

Nosotros nos miramos unos á otros silenciosamente, como consultándonos sobre lo que habia que hacer en aquel caso. Giramos

la vista en busca de socorro; y creo, á juzgar por mí, que á todos se nos debió achicar el corazon.

Olas y olas, nada más, llevándonos por delante en su carrera rápida, como tropel de fieras espantadas, que huyen arrollándolo todo ante su paso ! . . . . Y nadie en derredor . . . . Y allá en la orilla, sólo el pequeño grupo de nuestros compañeros, que parecian agitarse con ademanes de desesperacion, dándonos voces, que el bramar de las olas y del viento impedia percibir !

¿ Qué hacer ? . . . Ya el bote sin direccion, seguia como dócil camalote el impulso de la corriente . . . . Allí estaban los remos que podian luchar con ella, ¿ pero de què servian ? . . . . Pereda era militar : no sabia manejar más que una espada ; *Cuatro-dedos* y el *Primito* eran toreros : no entendian más que de dar una estocada ó poner un par de banderillas ; y yo . . . . ¡ ay ! yo áun sabia ménos: yo no entendia más que de mover una pluma entre los dedos; y eso ¡ Dios sabe cómo!

Pero el valor es más que la pericia en muchos casos.

— ¡ *Anda flojo* ! ¡ *Deja que coja el remo* ! — exclamó de repente *Cuatro-dedos* ; y ayudado del *Primito*, empezó á bogar vigorosamente.

El botero cedió el puesto muy conforme, y ni dió señal siquiera de avergonzarse ante aquella inesperada metamórfosis : ¡ dos diestros convertidos en marinos !

Y como el *Primito*, tanto en los cuernos del toro como en medio de las olas, no pierde

nunca su buen humor, se puso á decir con el aire más graciosamente compungido del mundo :

— ¡ *Ay* ! ¡ *Si mi mare me viera . . . no me conoceria* ! ¡ *Hasta marino me ha jecho la suerte indina* !

* * *

Arribamos por fin. ¡ No pisaron con más ánsia Colon y sus compañeros la playa de Nuevo Mundo ! ¡ Parecia que tocábamos por fin los lindes de la Tierra Prometida despues de una azarosa peregrinacion en el desierto !

Espectadores de nuestras peripecias, y escarmentados en cabeza ajena, los cinco expedicionarios restantes no se apuraron mucho por pasar : esperaron pacientemente la vuelta de la balsa, y se embarcaron en ella.

Esta balsa, construida expresamente para atravesar ganado, tiene capacidad como para doscientas reses. Sírvense, para moverla de una orilla á otra, de un procedimiento tan sencillo, que ni el nombre de maquinaria puede dársele. Seis mulas, dando vueltas en un angulo de la balsa, como en torno de una noria, van con su movimiento haciendo obrar dos cables de alambre que sujetan la balsa á las orillas: se va enrollando el uno, se va desenrollando en otro; y esto la hace navegar.

* * *

Ya reunidos, subimos á un break tirado por seis caballos, que allí nos esperaba.

Teníamos que andar aún como tres leguas costeando el rio, para avistarnos con los señores cornúpetos á cuyo exàmen íbamos.

El break andaba lentamente. Casi todo el camino era arenal.

La idea de que hubiera podido hallar momentos ántes una temprana tumba entre las olas, me tenia de tal modo impresionado, que para calmar la agitacion de mi espíritu, me decidí à dormir à pierna suelta. Pero no pude hacerlo à pierna suelta, sino á pierna apretada, y bien apretada por cierto, pues á causa de ser nueve, íbamos los viajeros en el break como sardinas en caja.

Luego, para tomar el primer tren, habia yo dado un tremendo madrugon, lo que agregado al aire puro del campo, me tenia con un hambre de mil diablos; y como dicen que quien duerme come, quise comer en sueños aunque más no fuera.

Badila, que iba á mi lado, me declaró ser víctima de iguales sensaciones, y como era tambien de mi opinion,

hundió en el polvo la cobarde frente !

(Refiérome á la arena que cubria los almohadones, y que entraba por una endemoniada ventanilla, que ya inválida por lo antiguo del servicio, no se podia cerrar).

Roncábamos á duo, cuando sentimos que paraba el break.

Habíamos hecho dos leguas de camino ;

estábamos en una posta, y se iba á mudar caballos.

Como supuse que en aquella casa la gente seria como en todas partes; es decir: que tendria estómago; y convencido por una debilidad elocuentísima de que maldito lo que alimentaba el sueño; me dirigi hácia la casa, y un cierto olorcillo que embalsamaba dulcemente el aire, me condujo hasta el fogon.

Yo no habia perdido ni un minuto, yo habia andado ligero como un gamo: pues bien: ya encontré á *Badila* allí, que saboreaba una descomunal tasa de sopa, cuyo contenido no pasaria de dos cuartas.

Sentéme sobre un tronco, saludé mimosamente á la dueña de la casa, y tantas indirectas le largué sobre lo higiénico que era el madrugar, y tanto le alabé el aire del campo... y en fin: tan expresivo estuve al hablarle de apetito, que aunque lo hubiera dicho en un idioma extraño para ella, me hubiera indudablemente comprendido.

Así pues, no tardó mucho en proveerme de sopa á mí tambien, trayendome un receptáculo no inferior al de *Badila*, y áun creo que mayor, pues éste le dirigió una mirada tan siniestra, que yo adiviné que en ella se decía:

—¡Ah! ¡si yo hubiera sabido que habia otra tasa más grande! . . . .

*
* *

Volvimos á subir, y prosiguióse el viaje; y como yo siempre encuentro una excusa para

dormir, esta vez concilié el sueño para hacer una digna digestion.

Haria una media hora que dormía, cuando una brusca parada del carricoche, me despertó de pronto.

Abrí los ojos, y no ví edificio alguno. Aun no habíamos llegado.

Ya iba á preguntar qué habia, cuando ví á *Félix*, el mono-sabio, que se bajaba del break, y se echaba á correr por el campo como un loco, enarbolando el látigo del conductor.

Todos nos preguntábamos con asombro la causa de este arrebato repentino, cuando lo oimos que se paraba y se ponia á azotar furiosamente el pasto.

Bajamos, y corrimos hácia él.

Félix seguia dando latigazos, los que eran acompañados de algunas interjecciones expresivas.

Cuando ya nos acercábamos, daba él fin à su bélica tarea, y cuadrándose airosamente, y poniendo entrambos brazos, como en forma de jarra, en las caderas, nos dijo con el aire más soberbio que se ha visto en sér humano:

—*¡Esto es dino de escrebirse!*

Y me miró significativamente.

A sus piés se revolcaba con las ánsias de la muerte un lagarto de una vara ó poco más.

Y Félix se columpiaba en las caderas con un gesto más altivo, que si aquel que á sus piés agoninazaba, fuera un fogoso *Miura* muerto de un mete y saca soberano!

Limpió el sudor que corria por su rostro, y dijo solemnemente, al retirarnos del teatro de la lucha:

—*¡Canario con el animalillo! ¡No son más temibles por cierto los crocodilos de Egito!*

*

Entramos en la estancia de Echenique.

Detuvímonos en las casas á almorzar; y en seguida, acompañados del dueño, seguimos en derechura á los corrales.

Estos son dos redondeles de palo á pique, con un diámetro de sesenta varas cada uno, unidos por un pasadizo de dos hileras paralelas de postes; cuyo pasadizo tiene la anchura suficiente nada más que para dar lugar á un toro.

Los toros que han de tentarse, son encerrados en uno de esos redondeles, y hechos pasar al otro uno por uno.

Este otro redondel, donde ha de ser probado el animal, es una plaza en pequeño, rústicamente construida: tiene allanado el piso, tiene burladeros, etc., etc.

Con tres bastones de madera, de un metro de alto, agrupados en forma de armas en pabellon, y cubiertos con una manta colorada, se forma un provocativo para el toro.

Tres de esos aparatos son colocados estratégicamente en el redondel, en una posicion semejante á la en que se colocan los picadores en la plaza cuando va á abrirse el toril.

Sale el bicho. Si es de ley, embiste acto contínuo las mantas coloradas, levantando por el aire los bastones: si no lo es, las olfatea con curiosidad, ó apénas se digna mirarlas indiferentemente.

A más de las tales mantas, el toro es provocado por los diestros con todas las interjecciones del vocabulario tauromáquico, que son bastante gordas y expresivas; y le hacen tales gestos y ademanes, y tanto lo amenazan, que es preciso que el bicho tenga mucha filosofía ó mucha flema, para que pueda verlos y oirlos á sangre fria, sin hacerles con los cuernos alguna reverencia.

¡Y es de oirse las exclamaciones de gozo que los diestros dan, cuando aparece un cornùpeto de buena planta y que embiste fieramente!.......—*¡Ay! ¡y qué buen mozo que eres!*.......—*¡Y mu bonito!*......—*¡Mira, chico! ¡qué lámina que tiene el mu.......corrío!* —Etc., etc.

¡Pero ay de él si sale manso, si en vez de sentir odio por los hombres, siente sólo apacible indiferencia ! . . . . , —¡ *Anda buey* ! . . . . —¡. . . . *Corrío por* . . . . — Etc., etc.

Las palabras de los diestros son de tal calibre entónces, que hacen tropezar los puntos de la pluma.

Despues de tentado el toro, se abre un portillo, y se le larga al campo, donde sale echando diablos; si era flojo, para verse libre al fin de los gritos y las capas ; si era

bravo, para desahogar su rabia en una carrera vertiginosa, brincando, cola en alto, y llevándose todo por delante.

En este último caso, el ganadero y el empresario quedan convenidos en que es de lidia el toro, y lo anotan, en una lista que al efecto forman, por el pelo y por el nombre que le han dado los peones, el cual, por lo general, tiene su orígen en las costumbres ó cualidades que aquellos en su trato diario han observado en él.

*
* *

Los toros de Echenique eran muy buenos. Fueron tentados con sumo rigor, y sin embargo, de setenta y tantos, fueron considerados de lidia unos sesenta.

Este ganadero los tiene encerrados en un campo aparte, sin que tengan trato alguno con los demas animales. Así es que sus cornúpetos están hechos unos misántropos; inaguantables, chúcaros: no se les puede ni mirar siquiera, porque en seguida ponen unos ojos, que . . . .

¡ Ah ! ¡ me habia olvidado de decirles ! Yo contemplé la tienta encaramado encima de un ombú que se alzaba á pocos pasos del corral. ¡ No crean que por miedo ! pero . . . . . como yo tenia que escribir la crónica, no era cosa de exponerme de tal modo, que se quedara *El Diario* sin repórter.

Y luego ¡ estaba yo tan cómodo á la som-

bra ! , . . . Porque hacia un calor que achicharraba. El sol caia à plomo, pero á plomo derretido !

*
* *

Preparóse á la tarde un asado con cuero, y en momentos en que concluíamos de comerlo, empezó el cielo á enlutarse anunciando tempestad. Las nubes se agruparon, y peloton celeste de soldados, tocaron á llover en el tambor del trueno, desenvainando por el espacio en curvas caprichosas, á manera de espadas, los relámpagos.

Subimos al break apresuradamente, volvimos á las casas, y ya en el camino nos tomó la lluvia, que siguió sin cesar toda la noche.

Teníamos que efectuar al dia siguiente una tienta semejante en la estancia de Andion, de allí vecina ; pero renunciamos á ella, pues estaba la tierra muy mojada, y eso delante del toro, ofrece peligro al diestro, que puede resbalar, y . . . . el bicho se encarga de lo demas.

*
* *

Emprendimos, pues, la vuelta.

Rayaba el dia.

El tiempo era hermosísimo. El cielo estaba trasparente y limpio como un globo de cristal. ¡Tambien, bastante tiempo habia tenido para lavarse bien! ¡toda una noche de lluvia!

No se veia ni una sola nube. Todo era

azul en el espacio, sino era alguna que otra errante golondrina que como un punto negro y movedizo cruzaba por la altura.

Yo me apoyé de codos en una ventanilla del break, è inclinándome hácia fuera, me puse à contemplar la naturaleza embebecido, aspirando á bocanadas el aire fresco y puro de la mañana.

Y dando un suspiro, dije para mí:

—¡Oh! ¡cuán hermoso seria todo esto, sino hubiera que atravesar ese endiablado rio!

EL DULCE Y EL ORO

Yo soy muy afecto al dulce. ¿Y qué de extraño? ¿No tengo mis puntillos de literato? ¿Y no es la literatura una golosina intelectual?

Si hacemos un análisis de la alimentacion de la inteligencia humana, tendremos que se nutre de cosas muy diversas. A veces se mantiene con comidas por cierto muy pesadas: estas son las ciencias exactas, por ejemplo. Otras veces, con otras un tanto más livianas: esto es, las ciencias físicas. *Et sic de cœteris*. Hasta que por fin llegamos á los postres. Estos son la bella literatura y la siempre dulcísima poesía.

Estas, como verdaderos postres, son muy agradables al gusto, pero ¡ay! que muchas veces son tambien ineludible causa de funestas indigestiones cerebrales!

Para hacer más palpables estos símiles, pudiérase decir, por ejemplo, que los hombres de ciencia tienen convertido su cerebro en un sólido y confortable restaurant, y que los literatos y los poetas lo tienen convertido en una perniciosa confitería, donde cada pastel, cada confite, es el gérmen dormido de una indigestion...

Por lo tanto, yo saco en consecuencia, que al ser afecto al dulce, no hago más que hacer corresponder mis gustos artísticos con mis gustos culinarios.

*
* *

Siempre que paso por el escaparate de una confitería, me quedo ante él sumido en un éxtasis profundo. No oigo, no siento nada, no me muevo ; pero adquieren en mi interior proporciones colosales las fuerzas digestivas, y el órgano de la vista experimenta una lucidez capaz de atravesar una pared !

Miro los caramelos, las masas, los confites, y embebido en mis pensamientos, retrocedo á las épocas de mi niñez en que mis orgías de dulce tuvieron su apogeo ; y recuerdo cómo cuando se me negaba alguna golosina, yo apretaba los puños y decia con los ojos enturbiados por el llanto :

—¡ Pues no he de estudiar para doctor ! ¡ He de estudiar para confitero !

Mi madre se asustaba, y me daba incontinenti la deseada golosina. Pero mi padre quedaba silencioso.

Ahora comprendo por qué : quizá por no verse en el caso de apoyar mi idea.

Hoy no soy ni doctor ni confitero ; pero si pudiese, optaria por esta última *carrera ;* no solamente en atencion al dulce, sino á que en este pícaro tiempo que corremos, es mucho más provechosa que la otra. Todo el mundo hoy en dia es abogado ; pocos son los confite-

ros ; y luego, la gente pasará muy bien sin pleitos, pero sin dulces ! . . . . . Es preciso tener un estómago demasiado puritano ó demasiado insípido !

*
* *

Creo que pensando en esto mismo, venia yo ayer por la calle de Defensa, y al llegar á la esquina de Victoria, me detuve á contemplar el escaparate de la confitería *La Argentina.*

Hoy dia todo se imita en dulce. Este hace de yeso y mármol, pero más provechosamente, al ménos segun mi gusto. A mí se me da un bledo del busto de un grande hombre en yeso ó mármol ; pero si el molde ha servido para vaciar azúcar ú otros ingredientes digestivos, me lleno de admiracion y de contento ; formo parte del coro de su gloria.

Así pues, miraba sin extrañeza en el escaparate cómo entre castillos feudales con sus rastrillos y puentes levadizos, y entre moradas chinescas, torres, palacios, catedrales góticas . . . . . . — todo lo más vistoso del arte arquitectónico trasladado al arte que calificaremos de *dulzórico* — cómo, repito, vagaban en ordenado desórden, por uno y otro lado, bellas cajas y cartuchos con confites dorados y plateados ; sandías abiertas de color rojo, como si áun brotara sangre de sus carnes acabadas de herir por el cuchillo ; peras, duraznos, guindas, y cien frutas diversas de diversos climas ; y entre toda esa rara multi-

tud de objetos, una corona de laurel dorada, de un parecido tal, que casi estuve tentado de creer que aquel escaparate fuera el de alguna *Confitería y Joyería*; cosa que no tendria nada de extraño, desde que hay entre nosotros una casa de más híbrido comercio. Me refiero á la *Confitería y Librería* de la calle de Artes entre las de Piedad y Rivadavia, cuyo letrero arranca una sonrisa á todo transeunte.

¡*Confitería y Librería*! . . . . ¡Esto es el colmo de un letrero!

Y á propósito: este recuerdo viene en apoyo de las teorías que sobre dulces y letras he emitido anteriormente.

La corona aquella sugirió en mi mente un cúmulo de ideas. ¡Cuánto no habia luchado yo por conquistar una para mi frente! ¡Cuántas noches tristísimas pasadas en la soledad y en el silencio, el rostro pálido por la vigilia, las manos temblorosas por la excitacion nerviosa del cerebro, oprimiendo con una la frente enardecida por el ánsia del crear, y con la otra la pluma reveladora, esa vara de Moisés que hace brotar en el papel desierto las letras, que encadenadas en hileras, como fantástica legion en marcha silenciosa, van combinando las palabras, las cuales á su vez parecen correr sobre el papel triunfantes, posesoras ya del fuego de la idea que luchaba rebelde en el cerebro!

Imágenes y versos, recuerdos y esperanzas . . . . todo empezó á agitarse dentro de mi sér: mi corazon palpitó violentamente, mi frente se encendió: empecé á soñar.

¡ Quién sabe cuánto tiempo hubiera permanecido así, si un torpe transeunte no me hubiera hecho la caridad de despertarme imprimiéndome un tremendo pisoton !

¡ Adios versos é imágenes, recuerdos y esperanzas !

¡ Cuán frágil es su naturaleza vaporosa !.... Todos desaparecieron ante el prosáico y positivo dolor de un callo !

Envié no sé qué placentero saludo al transeunte, refunfuñé penosamente un rato, y volví á la contemplacion de la vidriera, pues el dulce me atrae siempre, áun despues de ser la causa de un dolor.

Pero ya no soñé más. Miré la corona, no con ojos de poeta, sino con ojos de gastrónomo. En vez de inspirarme imágenes y versos, me inspiró un deseo inmoderado de poseerla, no para ornar mi frente, sino para ornar mi estómago.

Tenté desesperadamente mi bolsillo, porque por lo general lo tiento en vano, pero por fortuna no reinaba allí el vacío; y en los extremos de mi alegría, no pudiendo darle un beso agradecido, le di unos golpecitos cariñosos con la mano escudriñadora.

*
* *

Entré á la confitería, y pregunté al mozo el valor de la corona.

—Diez mil pesos—me repuso.

—¡ Diez mil pesos !...... ¡Diez mil pesos!—repetí maquinalmente con aire sorprendido.

—Si señor: diez mil pesos—volvió á decir imperturbablemente mi interlocutor.

Creí que él ó yo, uno de los dos, estaba loco, ó soñaba cuando ménos.

Por si acaso me las habia con un orate, sonreíme dulcemente, y dando á mi semblante una expresion de ingenuidad y confianza, volví á hacerle mi pregunta, previniéndole que no me referia á toda la confitería sino á la corona solamente.

—¡Pues esa, sí, diez mil pesos!—dijo ya medio picado.

Creí llegado ya el momento de las explicaciones, y siempre con mi aire cándido, le pregunté si era que estaba tan caro el azúcar, que los objetos con él fabricados alcanzaban un valor tan fabuloso.

Cambiáronse los papeles. El sorprendido entónces lo fué el mozo, quien me dijo si no veia que era una corona de oro, de oro verdadero y puro, sin mezcla ni engañifa.

¡Una corona de oro entre los dulces! .... Pues señor: no habia más: *Confitería y Joyería.*

Miré el armazon para ver si habia otras alhajas.

¡Nada! La corona de oro era la joya única y reina entre masas y pasteles, caramelos y confites.

El mozo, á mi pedido, me mostró más de cerca la corona.

Entónces advertí que la caja que la contenia era magnífica, de seda, cuero fino y terciopelo, y que en fin, la joya valia muy bien los diez mil pesos.

Pregunté cómo habia venido á tener aquel destino ; y el confitero me refirió esta historia, cuya veracidad he comprobado por datos de otras fuentes :

*
* *

Cuando el Centro Gallego de esta ciudad decidió efectuar los segundos Juegos Florales (en 1882), pasó, como de costumbre, circulares á autoridades y asociaciones, solicitando su concurso de temas y de premios.

El coronel Don Rudecindo Roca, gobernador de Misiones, designó el tema *El Porvenir de Misiones*, para ser tratado en prosa ó verso, asignando como premio á la mejor composicion una corona de oro.

El tema no fué tratado ni cantado, quedando la tal corona sumida en la orfandad más deplorable y vírgen de prosa y verso!

Pasaron los tiempos : vino el otro año.

El Centro Gallego, para conmemorar el aniversario del descubrimiento de América, inició — á falta de los Juegos Florales de costumbre — una fiesta en sus salones : concierto baile, etc., etc. ; y como hoy dia todas las fiestas llevan en pos su bazar correspondiente, el Centro Gallego siguió la corriente, y estableció tambien rifa de objetos por medio de cedulillas.

Pasó circulares á várias personas para la contribucion de objetos ; y el coronel Roca, que no podia hacer uso alguno de la corona de marras, — primero, por modestia, como

naturalmente se comprende; y segundo, porque no es literato ni poeta,—la remitió por segunda vez al Centro, para que formara parte del bazar.

El confitero en cuestion, compró la cedulilla en que estaba el número correspondiente á la corona; y como él no es tampoco literato ni poeta, considera muy oportuno deshacerse de ella para aumentar su negocio de masas y pasteles, caramelos y confites.

*
* *

A ese efecto, la ha puesto bien á la vista en el escaparate, entre todos los dignísimos objetos del ramo de su comercio, como quien dice, poner á un poeta entre una reunion de personas cuerdas y sensatas.

El confitero está muy en su derecho, y áun es quizá sin saberlo un heraldo del triunfo de la prosa, cada dia más rolliza, sobre la pobre poesía, cada dia más etica y mezquina. Pero tambien estarán en su derecho los cultores de las letras en gritar ¡ profanacion !, y en arrojarle, evocando la augusta sombra de las antiguas Musas y del rubicundo Apolo, el anatema de su reprobacion más indignada!

Que un poeta vaya á parar en confitero..... ¡ pase ! : grandes son las vicisitudes de la vida : pero que una corona de laurel de oro vaya á parar al escaparate de una confitería... ¡ hombre ! esto es algo que no tiene precedente en la historia de todos los tiempos y países !

En otros tiempos, en la antigua Grecia, ese hombre, el confitero, hubiera bebido la cicuta . . . . si el pueblo no lo hubiera lapidado ántes. En los dias que corren, hoy, nosotros... nosotros hacemos un artículo humorístico !

Octubre 27 de 1883.

FUEGO Y AGUA

Playa de los Pocitos, Diciembre 4 de 1883.

¡ En vano el Plata en murmurantes olas
entre yo y tú su inmensidad dilata !
Un himno siempre el corazon, un himno
de idolatría, en su latir te canta !
¡ En vano sigue su carrera el tiempo !
Como hoy te quiero, te querré mañana !
Para el amor de tu leal poeta,
no hay olvido, no hay tiempo, no hay distancia !

Sin tí, hallo todo en derredor vacio,
todo helado y sin luz, todo es tristeza !
y no siendo en tu amor, no pienso en nada.....
ni áun en la gloria, mi gentil quimera !
¿ Y de qué sirve de la gloria el lauro,
el dulce lauro, al triunfador poeta,
si no lo ciñe á su radiante frente
la mujer de su amor con mano trémula ?

Tengo el cerebro en un perpétuo sueño,
y ese sueño eres tú, sueño dorado !
Vaga en mi labio, y lo perfuma, un nombre,
y es que á mis solas con amor te llamo !....
¡ No hay olvido, no hay tiempo, no hay distancia...
¡ Te lo juro, mi bien !.... Y sin embargo,
tanto fuego de amor quizá se extinga !
¡ Son tan frescas las aguas de estos baños

EL BAÑO DE LOS PADRES

(TRADICION MONTEVIDEANA)

He puesto *tradicion*, y estoy pensando en si me habré expresado propiamente, pues el relato que voy á hacer, es cosa en la actualidad casi olvidada.

Pero pasemos por alto esos escrúpulos, y vamos derecho al caso. Ademas, que no deja de llamarse rio, el rio que se pierde á trechos en la tierra, para volver á aparecer despues.

*
* *

No todos los que pertenecen á la generacion moderna en Montevideo, saben cuál era el *Baño de los Padres*, y todos sus habitantes, tanto viejos como jóvenes, ignoran el origen de ese nombre.

Era llamada *Baño de los Padres* la parte de la bahía situada entre el terreno donde al presente elévase la Aduana, y la punta que termina en el muellecito de piedra nombrado *Rompe-olas*.

Hoy dia el citado baño ya no existe más que en parte, pues poco á poco se ha ido

arrebatando al agua su dominio, y se han levantado vários edificios (entre ellos el Mercado del Puerto) donde ántes no habia más que olas y olas.

Muchos creen que el tal nombre de *Baño de los Padres*, dado á ese paraje, proviene de que allá en los viejos tiempos era muy frecuentado en el verano por los sacerdotes de las iglesias cercanas, que iban allí con el objeto de refrescar sus santas humanidades.

¡ Error, error profundo! . . . . ¡ Yo sí que sé la verdad respecto al caso! y voy benignamente á referirla.

*
* *

Retrocedamos á principios de este siglo.

Los moradores de la ciudad tenian entónces más espíritu religioso que al presente. ¡ La impiedad ha hecho camino!

¡ Oh infeliz Montevideo! si no fuera porque en tu seno se imprimen las virginales hojas de *El Bien Público* (*), ¿cuál seria tu destino? . . . . *El Dios de Sabahot armipotente* ¿no te hubiera propinado un cruel castigo en una de las rabietas que no ha de haber dejado ménos de causarle tu vida volteriana?

En aquel tiempo se iba más á misa; y no á *misa de una*, no de gorra y perendengues como ahora, sino de humilde manto y en sencillo traje, y el alma puesta en punto de cara-

(*) Organo del partido clerical.

melo religioso; es decir: con la debida compuncion por sus pecados.

No se iba á la iglesia allá una vez cada domingo, como hace ahora la gente, que parece más bien que va allí á pagar á Dios una visita. Se oraba largo y hondo, se hacian confesiones más frecuentes . . . . y tanto era esto asi, que en aquella época nadie extrañaba que una niña, por más vírgen que fuera, estuviese todas las mañanas delante del confesonario en mística conferencia con el médico de su alma.

¿No está más limpio y terso un blanco mármol, si todos los dias se le da un refregoncito?

¡Pues lo mismo es la blanca conciencia de una niña!

*
* *

Era una hermosa mañana de verano.

No la describo, porque quiero ser fiel á la verdad; y como yo no la vi, bien podria resbalarme.

La tradicion sólo dice que era hermosa. Un dato más: eran las cuatro y media, y tocaban á primera misa en San Francisco.

La iglesia de este patrono, no era la que actualmente se conoce. Estaba situada en la esquina de Piedras y Zabala, donde despues se construyó la Bolsa.

¡Está visto que ese terreno estaba destinado á manejos de dinero!

En esto que el sacerdote que habia de oficiar la misa, se dirigia hácia el altar mayor

con su dorado traje sembrado de simbólicos adornos, seguido de un soñoliento monaguillo, y atrayendo, pastor inmaculado, en pos de sí el rebaño de beatas matutinas ; — por una de las puertas que daban al claustro de la derecha, apareció otro sacerdote (éste en traje de casa simplemente ; es decir : de sotana nada más) ; quien persignándose á toda prisa al enfrentarse con un santo, se escurrió rápidamente por entre los pocos feligreses aquí y allí desparramados, y se metió en un confesonario próximo á la entrada.

No haria cinco minutos de todo esto, cuando entre el solemne silencio de la iglesia, no interrumpido más que por el rumor que producia el oficiante masticando los latines del breviario, se percibió el chirrido de la puerta del cancel, que se abria dando paso á una devota, la que despues de titubear un breve instante, como quien no desea ser notado, se dirigió tambien al confesonario, donde, como ántes dije, acababa de entrar el sacerdote, quien á la indecisa luz de la mañana, parecia dentro de él un ave negra metida en un mechinal.

Era jóven la devota, y linda por añadidura.

Como se me presenta una ocasion de lucir mis facultades descriptivas, voy á presentarla á los ojos de Vds. detalladamente . . . . . es decir: hasta donde la mirada pueda llegar sin indiscrecion alguna, porque á mí no me gusta meterme en camisa de once varas . . . . ¿ y qué digo de once varas ? ¡ Ni siquiera en camisa de una y media !

La jóven era alta : tendria — ¡ claro está !— mucho más de esta estatura ; ni gruesa ni delgada ; de carnes en debida proporcion : cuerpo bien modelado, de mórbidos contornos; cintura estrecha y redonda, y caderas resaltantes ; forma de seno y cuello . . . . que hay que pasar por alto : su pintura marearia : tez pálida ; pero de ese pálido-mate que produce escalofríos : ojos negros, negrísimos, de luz fascinadora ; eran como dos abismos profundísimos en cuyo fondo lóbrego brillaran dudosamente las aguas de oculto lago : labios gorditos y frescos, y luego tan colorados, que parecia que acababan de ser partidos con un cuchillo en el momento de ser vistos : dientes . . . . ¡ hombre ! si he de ser franco, no sé cómo eran los dientes, porque segun me dicen, era la tal doncella en extremo melancólica, y nunca dejaba verlos, porque nunca se reia : y por último, una cabellera tan negra y tan brillante, que parecia compuesta de madejas de seda ; y tan larga, que un amante de la niña, desesperado de ver su indiferencia, le pidió un dia por único favor, que lo dejara ahorcarse con ella.

¡ Vean Vds. si era tonto el tal amante ! Así se hacia la cuenta de prendérsele al ménos una vez . . . . . del pelo, aunque más no fuera !

¡ Caramba ! se me han escapado las cejas, la nariz, y otras menudencias, pero . . . . . ¡ no importa ! : ya tienen con lo dicho una idea general de la figura arrogante de la jóven.

Se conoce que habia gato en aquella con-

fesion, porque la niña y el cura hablaban tan despacio, pero señor ¡tan despacio! que yo—siempre amante fiel de la verdad, y no queriendo inventar cosa ninguna,—me veo en el duro caso de declarar á Vds. francamente, que no sé ni una palabra de lo que se dijeron ambos jóvenes.

Porque jóven tambien era el sacerdote, y de figura . . . . . pero no: es muy pronto todavía para espetar á Vds. otra descripcion.

Hubiera ó no hubiera gato, lo cierto es que la confesion aquella pasaba de lo ordinario: era un *poquito demasiado* larga. La jóven debia de tener más pecados que bellezas, porque llamaban las campanas á una y otra misa, y volvian á llamar, y aquella confesion nunca acababa.

Si yo lo hubiera visto, hubiérame alarmado seguramente, porque tengo mi poco de impiedad, pero en aquellos tiempos no habia monstruos de mi especie. Así es que los feligreses entraban y salian de la iglesia sin parar mientes en tanto misticismo.

Pero aquello estaba visto que tenia que acabar mal.

De pronto lanzó la jóven una exclamacion desgarradora, y cayó sobre el pavimento desmayada.

Inútil es decir que cayó artísticamente y en una posicion lo más encantadora, porque ¿qué mujer no sabe, no digo yo despierta, sino en sueños ó en desmayos, el modo de parecer más elegante?

Todo descompuesto el cura, pálido el ros-

tro por la emocion, y el pelo desgreñado (sin duda se habia llevado las manos á la cabeza en ademan de desesperacion), salió del confesonario, y pretendió echar mano á la muchacha, — claro que para auxiliarla —, pero ya no habia tiempo: al grito de la jóven, varias beatas habian acudido, y empezaron á refrescarle la frente con agua bendita; y tanto la abanicaron con unos pericotes de dos varas que en aquel tiempo se usaban, que no tardó mucho la jóven en volver en sí.

Y aunque no sea del caso, les diré, para probarles que no soy de aquellos que al hablar de una época pasada, hablan por boca de ganso, sin hacer estudios previos; que entre los varios archivos que he consultado para escribir la tradicion presente, durante mi última estadía en Montevideo; me encontré con la noticia de que poco despues del caso que refiero, los curas de las iglesias tuvieron que poner un aviso en la portada, previniendo á las feligresas que se despojasen de sus pericotes al entrar. Era tal la onda de viento que producian en el recinto estos malditos, que no habia sacristanes que alcanzaran para prender las velas apagadas con su soplo á cada rato.

Volvamos á la jóven.

Sentáronla en una silla las beatas, arregláronle el manto y el vestido, bastante descompuestos; y al poco rato, sintiéndose ya fuerte, aunque con el semblante algo alterado, persignóse, y saliendo de la iglesia, se dirigió á su casa . . . . . ¡ó á donde más le dió la

real gana! que para el cuento es lo mismo.

Habia el sacerdote contemplado esta escena desde la puerta del confesonario, en actitud inmóvil y en silencio, con los brazos cruzados sobre el pecho, y la mirada sin expresion, fija y atónita. Parecia una estatua negra allí clavada.

Cuando vió que la jóven se alejaba, salió de su inmovilidad como de un sueño, y girando sobre sus talones, avanzó lentamente hácia el altar.

Allí se arrodilló, y estuvo largo rato golpeándose rabiosamente el pecho, y mirando con ojos de desesperacion el trozo de madera con forma y semejanza humana que estaba allá en lo alto; pero maldito si el diablo del muñeco se enterneció ni el tanto de una uña entre los dientes por el dolor del pobre sacerdote; y este tuvo que retirarse con cajas destempladas, sin haber conseguido de su ídolo ni siquiera una mirada compasiva.

*
* *

Atravesó el claustro, entró en un patio, y llegándose á la puerta de una celda situada en un extremo, la abrió, cerrándola tras de sí.

— ¿Vino? — le preguntó ansiosamente otro sacerdote que se paseaba agitado de un lado para otro . . . . ¿Pero qué digo otro sacerdote? . . . . ¡Era él mismo duplicado, era otro él!

Dos gotas de agua, dos rayos de luz, dos

granos de arena, no ofrecen un parecido más perfecto que el que tenian aquellos dos hombres.

Altos los dos, delgados, igual fisonomía, el mismo metal de voz, idéntica mirada, quizas alma gemela.

—¿Que quiénes eran?—Vds. se preguntan.

— A eso voy.

*
* *

Eran hermanos y ademas mellizos.

Habian llegado de la Metrópoli hacia poco tiempo.

Huérfanos desde la cuna, habian sido recogidos por un clérigo de aldea, quien los habia educado y hecho abrazar su misma profesion.

Continuamente juntos, nutridos de iguales libros, rodeados en la vida de iguales circunstancias, tenian iguales ideas, experimentaban iguales sensaciones. Sus cabezas, sus corazones, pensaban, latian acordemente, como dos instrumentos de construccion igual, templados en un mismo tono. En fin: eran dos ejemplares de un mismo hombre, ó si parece mejor, un hombre en dos tomos, de los cuales ninguno era ni primero ni segundo.

La generalidad del público tenia conocimiento de este sorprendente parecido, pero sólo de oidas, pues notando los dos jóvenes que eran objeto de una molesta curiosidad si andaban juntos, procuraban no presentarse ante la gente sino en un volúmen solo.

Así pues, muchos que veian en la iglesia á uno ú otro separadamente, no sabian si veian á uno mismo, ó á cual de los dos veian.

De noche sin embargo, como á esa hora todos los gatos son pardos, solian salir juntos, pues ¡ caramba! nadie habia de ser tambien tan importuno que se les plantara delante para examinarlos.

*
* *

Pues volviendo á lo de ántes, como dije, el que estaba adentro preguntó *si habia venido* al que llegaba.

—Sí: vino — contestóle el otro sordamente.

—¿Se lo has confesado todo?

—¡ Todo!

—¿Qué dijo?

—Nada . . . . Se desmayó . . . . Mira: es inútil. Esa mujer nos queria creyéndonos uno solo, y áun tenia el coraje de arrostrar el sacrilegio; pero no lo tendrá — créelo — para arrostrar la inmensa decepcion de ver dividido en dos el objeto de su amor.

—¡ Maldicion! ¡ Y yo no puedo dejar de querer esa mujer! — exclamó el otro alzando las manos al cielo, con un acento y un ademan tan desesperados, que hasta yo que me divierto con todo lo que es trájico, me hubiera seguramente enternecido.

—¡ Ay! ¡ yo tampoco! ¡ Esa pasion me vence! — dijo el primero con iguales modos.

Y Vds. comprenderán que aquello era muy natural. ¿Cómo dos hombres de cuerpo y

alma iguales, no habian de decir iguales cosas?

—Sólo nos queda un remedio.

Y la voz del que esto dijo tenia un són tan ronco y lúgubre como el de un tambor velado.

—Lo comprendo. —observó el otro.

Y entrambos se miraron fijamente.

—¡Pero hagámoslo de una vez! ¡Que no dure mucho tiempo este martirio!

Ya iba el otro á responder, cuando sintió el andar de una persona que iba á pasar al lado de la celda: temió indudablemente ser oido, y acercándose á su hermano, le habló un rato en voz muy baja, contestándole el otro en igual tono.

Hasta ahora no se ha podido saber qué se dijeron, y miren que se han hecho pesquisas al respecto........! pero ¡nada! todo ha sido inútil..... ¡Paciencia y barajar!

A los cinco minutos separáronse; y sólo entónces hablaron en voz alta, diciéndose uno á otro:

—Pues hasta luego entónces.

*
* *

Iban á ser las nueve de la noche.

Disponíase el sacristan á dar las ánimas, cuando vió salir á la calle á los mellizos.

No lo extrañó. Sabia que tenian la costumbre de ir á la orilla del mar á tomar un poco el fresco, con motivo del calor.

El aire estaba sofocante en sumo grado.

Brillaba de cuando en cuando en el horizonte algun relámpago, y volvia instantáneamente á oscurecerse, como si fuera el rápido despliegue de un ala de luz inmensa. No iba á tardar en llover. La vanguardia de nubes de la tormenta habia llegado, poniendo en derrota la luna y las estrellas.

Pero nuestros dos curitas, como insensibles al mundo exterior, y abstraidos en la contemplacion del mundo de sus almas, emprendieron el camino de la costa.

Llegaron al paraje de que me ocupé al principio.

— Ahí están los padrecitos — dijo un pescador que hablaba de bueyes perdidos con el ronda-costa, sentados ambos en una peña.

Los dos se levantaron, y saludaron reverentemente á los dos curas.

Uno de estos dirigióse al pescador:

— ¿Sabe, Mateo, que esta noche queremos hacer una humorada? Préstenos su bote chico y unas cañas. Queremos pescar un rato.

— Pero el tiempo está muy malo, y pronto va á llover — dijo Mateo.

— ¡Qué! No crea. Estas tormentas de verano, se quedan en relámpagos no más. Y luego, por si acaso, no nos apartaremos mucho de la orilla.

— Como Vds. gusten. Yo se lo decia sólo por . . . .

Y áun hablando, emprendió rápidamente el camino hácia su casa, próxima de allí.

Al poco rato volvió. Traia dos cañas, que

al compas de sus pasos se venian chocando secamente. Desamarró su bote, subieron en él los frailes, y tomando cada uno un remo, se alejaron de la costa.

*
* *

Picado sin duda el cielo de que uno de sus ministros se hubiera permitido tratar tan ligeramente sus tormentas de verano, diciendo que se quedaban en relámpagos no más, resolvió dar un solemne desmentido; y héte aquí que de pronto púsose tan negro, que el mar, como es su espejo, y como todo espejo, adulon y cortesano, se puso tambien tan negro, que los curas no sabian ni en qué direccion bogaban.

¡Qué noche, señor, qué noche! El agua parecia la superficie líquida de un tintero gigantesco, cuya cóncava tapa fuera el cielo.

Muy natural era, pues, que los curas se hubieran dado vuelta; pero ¡nada!: sin hablar una palabra, sordos á las rugientes voces de los truenos, las olas y los vientos, que andaban de un lado para otro en incesantes torbellinos, los dos frailes avanzaban, avanzaban impertérritos!

El pescador y el ronda-costa deshacíanse á gritos en la orilla, poniéndose las manos como en forma de trompetas en la boca, pero viendo ya por último que estaban inútilmente enronqueciéndose, y que no era tambien cosa de estarse allí aguantando que las aguas los bañaran al chocar furiosamente en los pe-

ñascos, retiráronse á acogerse bajo techo.

Y los dos padres siempre remando impertérritos, y el bote siempre avanzando.

Cuando ya apénas se veian las luces de la costa, cesaron de bogar, y el bote, abandonado al capricho de las olas, empezó á balancearse, haciendo saludos para un lado y otro, como un candidato en medio de las turbas cuyo voto se quiere propiciar.

Un lívido relámpago iluminó de pronto el firmamento, como si fuera una efímera aurora de un segundo; y á su fulgor, pudiera haberse visto en aquel bote una escena en extremo dolorosa.

Más lívidos que el relámpago, los dos curitas estaban arrodillados y rezaban; por cierto qne en posicion bastante incómoda, pues con el continuo balanceo de la embarcacion, no podian tenerse muy seguros, y ni áun juntar las manos, como es de costumbre al rezar, pues les era preciso tenerlas prendidas de los bcrdes.

Juraria que los esperaba una reverenda pulmonía. Estaban tan empapados por el agua que saltaba adentro del bote, que tenian los pobrecitos sus ropitas casi pegadas al cuerpo.

Concluyeron, persignáronse, no sin riesgo de rodar, y habláronse por fin.

— Ya es tiempo — dijo uno.

— Bueno: vamos. ¡Hágase la voluntad de Dios!

— Creo que se cumplirán nuestros deseos mejor aún de que lo que pensábamos. Segu-

ramente llegaremos . . . . . pero muertos!

—Tienes razon: es mejor. De todos modos, ¿de qué le serviria á uno de nosotros el sobrevivir al otro, para ser único poseedor de esa mujer, si el muerto habia de sobrevivir tambien en la memoria?

Abrazáronse llorando, saltaron del bote al agua, y empezaron á nadar hácia la orilla.

¡Desgraciados! ¡Ahora lo comprendo todo!... Habian indudablemente convenido en tener un duelo entre ambos, para ver quien se quedaba con la mujer amada; pero como eran buenos hermanos, como se querian entrañablemente, el duelo era indirecto; ó más bien dicho: no era un duelo; era un suicidio dejado á voluntad del agua.

La lluvia pronuncióse, pero el cielo no se contentó con mandar gotas de agua, sino que empezó á mandar granizo que era un gusto; el cual caia como una lluvia de latigazos sobre las espaldas de los pobres curas.

Aquello duró poco.

Las olas eran tan grandes y violentas, que ya los envolvian, ya los dejaban en seco, aleteando con los brazos en el aire, ya les daban cada golpe, que los dejaban aturdidos por completo.

Poco despues, entre el concierto horrible de los truenos, las olas y los vientos, dos gritos desgarradores resonaron . . . . luego otros dos más ahogados . . . . un poco más tarde, nada!

*

* *

Al dia siguiente, cuando el nuevo sol apareció en el cielo, un grupo de pescadores en la orilla aparejaba una embarcacion para aprovechar lo revuelto del rio todavía; y estando en esto, vieron dos cosas negras que flotaban á lo léjos.

—Son dos toninas—dijo uno.

—Puede ser, pero en todo caso estarán muertas—observó otro.—¿No ves que no dan vueltas?

—¡No son toninas, no!—dijo un tercero, qne tenia mejor vista.—¡Son dos cadáveres!

—¡Vamos á ver! Acerquémonos.

Y tendiendo la vela al viento, empezaron á bogar con rumbo á los dos bultos.

Como se comprende, eran los dos curitas, que habian cumplido su mayor deseo: hacer un suicidio doble.

Quizas no hubieran tenido más remedio que salvarse, porque en la noche el viento h bia empezado á soplar hácia la orilla, contrariando su propósito; pero ellos, los pobrecitos, castos hasta lo último, no habian querido sacarse las sotanas al arrojarse al agua, por católico pudor de andar desnudos; y eso naturalmente les habia impedido nadar con libertad.

Volvieron los pescadores á la costa, tendiéronlos en la arena, y no faltó un comedido que corriera á avisar á la autoridad.

Miéntras tanto, los curiosos, que siempre y en todas partes, parecen brotar del suelo como por encanto, empezaron á agruparse y

á crecer en redor de los dos muertos, haciendo mil comentarios del suceso.

Si no es el bote, que apareció de allí á rato ya deshecho entre unas peñas, y el relato de Mateo de lo ocurrido entre él y ellos por la noche, todos hubieran creido que aquellos dos infelices se habian ahogado bañándose.

De pronto, una mujer abrióse paso entre la gente, y extendiendo entrambos brazos, corrió hácia los dos cadáveres. Pero en mitad del camino se detuvo.

¡Terrible indecision! ¿A cuál de los dos abrazaria primero?

Era la devota de marras, que habiendo sabido el caso—sin duda por ser del barrio—venia desesperada á ver á los dos hermanos, juntos por vez primera ante sus ojos.

¡Pobrecita! Venia hecha una loca, con el vestido en desórden, y el cabello áun despeinado, el que, al arbitrio del viento, flotaba en hebras sueltas como la luz de una antorcha.

¡Terrible indecision! ¡Ella no podia saber, así, partido en dos, cuál era el objeto de su amor sacrílego! . . . .

¿Qué hacer en trance tal?

No quedaba otro recurso: desplomóse en el suelo desmayada; pero esta vez—dicho sea en honor de la verdad—no tuvo tiempo de quedar en buena posicion; y si la concurrencia no hubiera estado, como estaba, tan preocupada con la contemplacion de los dos muertos, ¡quién sabe cuántos misterios hubieran salido á luz!

Así mismo no ha faltado quien dijera . . . . cosas que la tradicion no se ha animado á trasmitir.

*
* *

Desde entónces, aquel punto empezó á ser llamado *Baño de los Padres*; *Baño* porque, naturalmente, la gente se bañaba allí; y *de los Padres*, en recuerdo del suceso que acabo de narrar.

Y no faltó despues quien afirmara que en las noches de tormenta, entre el bramar de los truenos y las olas, solian escucharse en aquel punto como el eco confuso de latines, cantúrias y bendiciones, perdiéndose entre las ráfagas del viento!

CÉLEBRE Y MÁRTIR

¿Hay algo bueno en el mundo, que por más bueno que sea, no deje de tener su lado malo?

Hasta la celebridad lo tiene; la celebridad, una de las cosas más gratas para el hombre.

El hombre célebre tiene mucho de glorioso, de divino; pero mucho tambien de víctima, de mártir: tanto en vida como en muerte.

El sueño de la tumba, que para otros es el reposo eterno, para él es una eterna pesadilla.

Nunca dejan quietas sus cenizas: siempre hay una mano curiosa para removerlas. El historiador, el filósofo, el poeta, el periodista... todos tienen algo que hacer con su memoria.

¡Y gracias que entre nosotros no hay frenólogos! que dicen que en otras partes hacen herejías.

Figúrense Vds. que estos sugetos hasta han llegado á desenterrar cráneos de hombres célebres, tan sólo por el placer de mirar y contar y examinar las bultitos que los fulanos tenian en la cabeza, y ver si tenian tales huesos puntiagudos ó aplastados y si . . . . en fin: los frenólogos suelen ser los admiradores más peligrosos de los hombres célebres, pues no se contentan como los otros con mano-

searlos por escrito solamente, sino que tambien los manosean en realidad.

Hasta se ha dado caso entre los sabios tales, de algunos que con el cráneo de una celebridad, envuelto en un pañuelo, se han echado por esas calles en busca de sus amigos, ó á la buena de Dios si estos no eran encontrados, y deteniendo al primer transeunte de rostro más propicio, le han demostrado cómo la prominencia tal y la prominencia cual, venian en corroboracion de sus asertos.

¡Qué horror, qué horror! . . . . Cada vez que pienso en que hubiera podido nacer en alguno de esos paises, siento en medio de mi profundísima modestia los escalofríos de un terror pánico!

*
* *

Espicha un hombre célebre.

Los periodistas somos, al par de la familia, los primeros en largar el llanto: vienen despues las lamentaciones del pueblo; y por último, desátase la jauría de biógrafos!

El biógrafo se lanza como un ave de rapiña sobre las memorias que ha dejado su víctima de ultratumba en las huellas de su paso por el mundo, y empieza á hacer su exámen y comento.

No se le escapa el más mínimo detalle de su vida; y en todo, su mirada perspicaz descubre alguna cosa de grande utilidad y trascendencia para la humanidad.

¿Se ponia el hombre célebre sombrero de

paja en verano, y de castor en invierno? . . .

¡ Pues que conste! ¡ Ese es un importantísimo detalle que prueba la perspicacia de su genio!

¿Usaba baston para espantar los perros, preferia las corbatas de tal ó cual color, cortábase las uñas á menudo, arrimábase al fuego si hacia frio, comia muy bien cuando tenia apetito, y (¡ esto sí que es en extremo curiosísimo!) desnudábase á la hora de acostarse? . . . .

¡ Pues que conste! ¡ Los grandes hombres son el modelo y norma que debemos proponernos!

¡ Y qué genialidades las que tenia! ¡ Qué frases tan expresivas las que usaba!

Y aquí empieza la de anécdotas y dichos. ¡ Era tan oportuno! ¡ tan epigramático!

Figúrense que una vez una señora—que queria sin duda convencerse de que en efecto habia en él algo de humano—le preguntó, con esa curiosidad que inspira todo lo que se refiere á un grande hombre:

—¿Cómo le gusta á Vd. la carne, Don Fulano?

Y él al punto le repuso, con su olímpico aplomo de hombre célebre:

—¡ Cómo quiera! Cocida, asada . . . . y sobre todo cruda!

La señora se puso hecha una grana; pero todo el auditorio, que estaba, como suele decirse, pendiente de los labios de aquel viviente oráculo, festejó grandemente la ocurrencia.

En un simple mortal, aquello no hubiera sido más que una falta de educacion; pero en un hombre célebre! . . . .

Otras veces solia tener unas impertinencias tan graciosas! . . . .

Ahora verán lo que pasó una noche en el recibo de uno de los ministros:

Acababa de leer un literato, venerable por sus años y sus obras, una hermosa produccion; pero—obra humana al fin—no exenta de defectos.

El hombre célebre los puso de relieve, publicándolos en medio de un corrillo.

Oyólo el literato algo confuso, y se acercó á decirle humildemente, en justificacion de su trabajo:

—Permítame Vd. que le haga una objecion. Hay que tener en cuenta que esto lo he hecho esta misma tarde; ni áun he tenido tiempo de ponerlo en limpio. Déjeme que lo pula: está en bruto todavía.

El hombre célebre lo miró con detencion de arriba abajo, y luego le repuso con cierta sonrisita que al otro le produjo escalofríos:

—¡Ya lo creo que está en bruto!

Y se dió vuelta majestuosamente, dejando al desgraciado literato envuelto entre las risas del corrillo.

Muchas de estas anécdotas son puras invenciones del biógrafo, ó cuando ménos, verdades desfiguradas de tal modo, que más bien son mentiras que verdades; pero la cosa es que el héroe de su obra no carezca de ingenio ante el lector.

Muy plausible es este exceso de celo por parte del biógrafo. ¡Bastante trabajo tiene el pobrecito con comentar uno por uno los hechos y palabras del difunto, y aplicarles segundas intenciones!

*
* *

No es eso todo aún.

El hombre célebre es ademas el niño mimado del arte. Mimos de gato: ¡Dios sabe cuántos arañones no le causan!

No hay pintor que no se ensaye dibujando su retrato; no hay escultor que no aprenda á modelar el yeso formando los contornos de su busto; no hay poeta que no se crea con derecho á enhebrar en su honor algunos versos.

Y si él tambien es poeta. . . . . . . ¡santo Dios! ¿quién contiene el hidrófobo aquelarre de sus colégas desatado en su loor?

Eso en vida; que en muerte áun es peor. El sueño de la gloria ha de tener para él más pesadillas, que el sueño de un sonámbulo.

Todos los hijos de Apolo corren á invocarlo, todos pulsan el arpa en su memoria: creeríase reo de lesa poesía, el que no lo clavara en cruz en el santo madero de una elegía!

El poeta célebre es el más mártir de los hombres célebres.

Y mirándolo bien, no deja de ser justo. Y si no, recuerden Vds. aquello de que *quien á hierro mata, á hierro muere*, y *no hay plazo que no se cumpla ni deuda que no se pague*,

y. . . . . . . mil más resúmenes de ciencia popular, como han dado en llamar á los refranes, que vendrian como de mano en apoyo de mi aserto.

Y tengan en cuenta aquello tan sabido de *vox pópuli*. . . . . .

* * *

Si Vds. creen en la inmortalidad del alma, y en que esta sea sensible á las cosas de la tierra, áun despues de desligada del cuerpo en que vivia; podrán perfectamente darse cuenta de cuánto no ha de sufrir un hombre célebre al dia siguiente de su fallecimiento.

Paso por alto necrologías de diarios, maldiciones de herederos chasqueados, etc., etc., y concrétome únicamente á la ceremonia del entierro.

Ninguno de Vds. ha dejado de ser alguna vez espectador, cuando no cómplice, en un acto como el que voy ligeramente á describir:

Camino del cementerio, un carro fúnebre, uno solo nada más, se lleva cómodamente el ataúd de un hombre célebre, lo mismo que si fuera el de cualquier mortal.

Acompáñalo un cortejo numeroso.

En primer término vése á los deudos, que, como es de práctica, caminan cabizbajos y con los ojos hinchados de llorar.

Como los grandes hombres están muy por arriba de las miserias de este mundo ; ó desprecian las riquezas, ó las aprovechan derrochándolas: y por lo tanto,mueren generalmente

pobres. Así pues, tienen los deudos que llorar, aunque más no sea, la pérdida de una herencia que debiera haber existido.

Siguen despues los amigos del difunto, que cuando vivo, más de una vez le sacaron el cuero á pedacitos, y que ahora, cuando ya no lo necesita para nada, no tienen palabras con que ponderarlo.

—¡Pobre Fulano! Tenia ciertas ligerezas, es verdad, pero ¡ qué fondo de bondad en cambio! ¡qué corazon tan noble y generoso! Etc., etc. . . . . . —Ya Vds. saben lo que se usa decir en estos casos.

Pues entre ese acompañamiento, yo, que soy de un espíritu un poco observador, noto algunos individuos que no marchan muy tristes que digamos, pero que no obstante van grandemente preocupados.

¿Son deudos lejanos del difunto? ¿Siquiera amigos íntimos?

Nada de eso: muchos de ellos ni conocian su metal de voz. Son simplemente oradores y poetas: por partes iguales: la mitad de una especie, y la otra mitad de la otra: iguales hasta en lo nocivas, pues un orador es un charlatan en prosa, y un poeta es un charlatan en verso.

Pues como dije ya, caminan grandemente preocupados.

Es que los unos—los oradores—van recordando y repitiendo de continuo *in mente,* para no tener despues tropiezo alguno, el discurso cuyas frases enhebraron tranquila y concienzudamente ayer en el velorio, y que hoy en

el entierro, espetan al cortejo como una *improvisacion desaliñada.*

El dolor que embarga sus almas no ha dado treguas á la mente, para combinar en artísticos giros las ideas. Sólo vienen á derramar una lágrima sobre el cadáver del amigo fiel, del padre cariñoso, del ciudadano sin desliz ni tacha . . . .

Y no continúo, porque Vds. en su interior se lo están recitando de memoria.

Los otros — los poetas — van declamando por lo bajo una *humilde composicion*, tambien nacida de improviso en su alma desolada ante el aspecto conmovedor que ofrece todo un pueblo llorando la pérdida de uno de sus ciudadanos más ilustres.

Los versos en estos casos son tan enternecedores, que verdaderamente, da ganas de llorar . . . al ver así la poesía !

Comienza el poeta pidiendo al finado con dolorido acento *que inspire el labio suyo, descendiendo en espíritu de la morada eterna para envolverlo en sus radiantes alas*, ó (si acaso conceptúa que el otro está muy atareado, con motivo de ser tan reciente su mudanza de este barrio para el otro) *que escuche placentero de lo alto del Empíreo su querella*! Concluyendo inevitablemente con aquello de que *su memoria, y su historia, y su gloria, brillarán eternamente, sobreviviendo á la mundana escoria*, etc., etc. . . . . ¡ Todo porque lo diga el muy cretino ! y eso, con un acento tan dogmático, que no parece sino que él manda en la posteridad !

* * *

¡Nada! ¡sigo en mis trece! El hombre célebre es un hombre mártir. Más vale idiotizarse de un golpe de cráneo contra la pared, que no tener que aguantar, vivo ni muerto, las felinas caricias de oradores y poetas.

Dice Lucio Mansilla en su *Excursion á los Indios Ranqueles*, que él no está por los términos medios: que quiere, ó ser el general Mitre, ó el zapatero de enfrente.

Yo tampoco estoy por los términos medios .... Estoy por el zapatero de enfrente.

¡Dios me libre de ser célebre! .... Yo quiero morir en mi cama tranquilo y de buena muerte, y no de un mal discurso, ó de una composicion poética á traicion!

Y luego, despues de muerto, no quiero ser la presa, que á prosas y poesías, se dispute alguna bandada de aves literarias.

EN UNA ESTANCIA ORIENTAL

El rio Santa Lucía, que surte de aguas potables á Montevideo, y desemboca en el Plata, tiene su nacimiento á diez ó doce leguas al nordeste del pueblo de Minas. Baja ; pasa por entre los cerros de Arequita, célebres por sus hermosas grutas naturales ; y se dilata en un llano feracísimo, que lleva en largo trecho el nombre de *Costa del Santa Lucía.*

En una de las estancias de esa Costa me encontraba yo á principios del verano de 1884, reposando dulcemente de las fatigas de un molesto viaje.

Un pésimo camino, en cuyas pulperías, de armazones escuálidas y huecas, no habia encontrado nada con que satisfacer decentemente mi sed ó mi hambre; un vehículo fatal, que era arrastrado por caballos tísicos, tan débiles, tan flacos, que podia tocarse el harpa en sus costillas ; catorce horas de sol, en que este habia derrochado su calor con una prodigalidad tan desprendida, que era cosa de morirse de envidia al pensar en los habitantes de Neptuno . . . . todo se habia reunido para hacerme llegar molido, hambriento, achicharrado, y de un humor más negro que la tinta con que escribo estas negras impresiones.

Tambien, cuando llegamos, y paró la diligencia, bajé en dos brincos de ella, con tanta satisfaccion, como si me desprendiera del vientre de algun monstruo.

Aun lo recuerdo. A algunos pasos de ella me paré, le hice la cruz, juré no entregarme más á sus pérfidos barquinazos, aunque tuviese á la vuelta que hacer el viaje á pié, y en seguida me alejé, casi corriendo, pues era tal el temor que me infundia, que hasta me la figuraba como un sér animado capaz de perseguirme.

Pues, como dije ya, reposaba dulcemente en una de las estancias de ese punto. Pasaron algunos dias: llegó por fin el Domingo.

*
* *

Era una hermosa mañana de aire puro y cielo azul.

Daban las cinco, y yo ya estaba en pié, ó más bien dicho, ya estaba levantado, pues oprimia los lomos de un gentil corcel.

¡Ay! ¡demasiado gentil por mis pecados! Se habia creido agasajarme al dármelo; y yo hubiera mil veces preferido á su hermoso continente, el desairado aspecto del jamelgo más humilde!

Era aquel animal una escultura, pero con el diablo adentro. Piafaba, sacudia las crines, relinchaba, daba vueltas en torno de sí mismo . . . . . en fin: yo estaba viendo el momento en que me lanzaba como una pelota por el aire!

Ibamos á pasar aquel dia en plena fiesta. Varias diversiones campestres se habian organizado.

Primeramente, parada de rodeo. Emprendimos, pues, la marcha.

Componíase la cabalgata del dueño de la estancia, su familia, y unas cuantas *mozas* y mozos del contorno. Total : veinte personas.

La mañana estaba fresca, y yo no obstante sudaba. A duras penas conseguia ir al par de los demas. Hacia algunos años que no montaba á caballo, y luego, era aquél tan vivo, tan fogoso, que nunca *podré olvidarlo* : su recuerdo quedó impreso en mi . . . . . . memoria con señales indelebles !

Felizmente, el trayecto no era largo. Al cabo de una legua, llegamos al potrero, y despues de haber dejado á las damas á una distancia preventiva, hicimos la parada de rodeo. Es decir, *hicieron*, porque gracias que pudiera pararme yo á mí mismo, tan mal parado habíame dejado mi gentil corcel.

*
* *

¡ Cuánto nos suele pesar á veces la ligereza con que soltamos una frase ! . . . . La noche ántes, me habia yo permitido decir en la conversacion general de sobremesa, tratándose del arte tauromáquico, que el lidiar un toro no era cosa del otro mundo, y hasta habia tenido la audacia de agregar que yo era capaz de eso y mucho más !

Entre el conjunto inmenso de animales, que

ahora pastaban lentamente á nuestra vista, cercados por la cabalgata y los peones, y que de cuando en cuando alzaban la cabeza, para mirarnos con estúpida curiosidad, ó lanzar un mugido prolongado al cielo, — distinguíase un torito *chorreado* de tres años.

Parecia que encima de su negra y brilladora piel, hubieran arrojado un balde de leche. Largas y desiguales listas blancas bajaban de su lomo, como chorreando en líneas ondulosas.

El dueño de la estancia lo puso á mi disposicion galantemente, para lucir mis dotes tauromáquicas; pero yo me apresuré á hacerle la justa reflexion de que era una lástima matar á un animal de tan hermosa estampa.

En vano me objetó que el animal estaba descornado, y no podria por lo tanto herirme. Seguí en mis trece de mostrarme compasivo, y no hubo reflexion que pudiera endurecer mi corazon.

Hicimos campamento en un puesto cercano, sebóse mate amargo, y tomamos leche ordeñada por nosotros mismos.

A eso de mediodia, y despues de haber cazado algunos avestruces con lazo y boleadoras, volvimos á las casas á almorzar.

*
* *

Hicimos la digestion soporizados por una siesta espléndida, y á las cuatro de la tarde, dimos principio á una corrida de sortija, á cuyo efecto los peones habian colocado anti-

cipadamente en un paraje llano y desembarazado de obstáculos, un arco rústicamente elaborado.

Yo no pude ensartar ningun anillo. ¡Muy al contrario! Una vez que entusiasmado me olvidé de que mis conocimientos en equitacion eran tan exíguos, casi ensarté yo mismo mi persona en aquel arco maldito!

Llegó en seguida el turno de hacer un paseo al monte.

Pasamos el arroyo por un paraje bajo, no sin hacer previamente algunos equilibrios con un pié en el aire y los brazos levantados, al pisar de piedra en piedra, para no caer en el agua—gimnasia acompañada de unos cuantos chillidos de las damas—, y entramos en el monte, sombrío laberinto de sauces, coronillas, talas, molles, mataojos, y cien más clases de árboles.

Unos con hachas para abrirnos paso, cuando el sendero era demasiado angosto, otros con garfios para arrancar los nidos, estos con mate y provisiones campestres, aquellos con bolsas para llevar los pájaros. . . . . . . todos éramos conductores de algo y alguna ocupacion teníamos.

Bandadas de tijeretas, pirinchos, cardenales, jilgueros, calandrias, zorzales, tordos, palomas, cotorras, etc., etc., etc., cruzaban de un lado á otro, rompiendo el aire con sus cantos y sus vuelos, y se alejaban de sus nidos, temerosas de aquella visita intempestiva y bulliciosa.

Yo aproveché la presencia de los nidos,

para hacer algunas insinuantes reflexiones sobre el amor á una *moza* de la comitiva; y todos los corazones latian conmovidos al ver los pichoncitos, implumes todavía, que sacábamos.

¡ Pero qué frágil es nuestra memoria ! A la noche cada uno de nosotros les daba comodísimo asiento en el estómago, sin acordarse ya de que eran aquellas tiernas avecitas cuyo ingrato destino tanto se deplorara por la tarde !

Desgarrados los vestidos de subirnos á los árboles — los hombres, nada más : ya se comprende —, llenos de espinas, y sudor, y polvo, salimos del monte como si hubiéramos asistido á una batalla campal encarnizada.

Pero el cansancio del cuerpo no se siente, miéntras duran los bríos del espíritu. En vez de volver á las casas, nos detuvimos á pescar en la orilla del arroyo, donde habíamos dejado unas cuantas cañas traidas al efecto.

Alguna tararira y algun sábalo hacian las delicias de los aficionados, que se pasaban cinco, diez, veinte minutos, con el corazon suspenso, mirando fijamente y silenciosos la boya de su caña, hasta que la vieran hundirse formando burbujitas en el agua, señal de que un pescado habia prendido.

La pesca en los arroyos es por lo general dificultosa. La abundancia de pescaditos muy pequeños, que comen la carnada sin prenderse, es muchas veces causa de que el pescador esté haciendo sin saberlo un papel divinamente cómico, pues sostiene con toda grave-

dad una caña que no pesca: como quien dice, un soldado que apunta con un arma descargada.

Esto me pasó á mí diversas veces: lo que acabó de ponerme de un humor negrísimo. Pues señor: ¿no eran bastantes las fatales consecuencias del caballo? ¿Era aquello un paseo ó una via-crucis?

*
* *

Ya la tarde declinaba; el aire principiaba á refrescar; y en el monte multiplicábanse los trinos de los pájaros, como el chispear de notas agudísimas de un inmenso, incesante martilleo.

No dejamos el arroyo sin darnos en sus aguas un baño delicioso.

En balde protestamos los del sexo feo que el agua nos enturbiaba la vista por completo. No tuvimos más remedio que sumergirnos á dos cuadras de distancia de las del sexo bello.

Volvimos á las casas. Comimos; y á la noche, despues de bailar un rato, con guitarra, por supuesto, y de cantar los mozos y las mozas.... cada mochuelo á su olivo.

¡Ay! ¡quizás hubiera estado yo mejor en un olivo y convertido en mochuelo, aunque más no fuera, que no en mi cama y con mi propio cuerpo!

En vano me daba vueltas y más vueltas: no conciliaba el sueño.

Llegó la nueva aurora... y siempre igual: yo no habia pegado los ojos todavía.

Ya me parece ver que Vds. se sonrien, y dicen con malicia refinada:

—¡Claro está! ¡Los efectos del amor! Alguna de las mozas lo flechó, y no pudo dormir pensando en ella!

Nó, no era eso.... Terrible es el amor, pero áun era más terrible mi tormento. ¡En el paseo al monte, una legion de bichos colorados habíase prendido de mis carnes, estableciendo campamento en ellas!

¿Y se hacen Vds. cargo de lo que son los *bichos colorados?*

Un ejemplo palpable, y ademas oportuno, ya que se trata de cosas del país vecino:

Figúrense Vds. á todos los *Santistas* prendidos al presupuesto de la República Oriental, y tendrán una idea aproximada.

MIRARSE MUERTO

(SEMI-HISTÓRICO)

Hacia tiempo que el bueno de Don Jacinto Almoa andaba pensativo.

Allá en sus mocedades habia aprendido un poco de medicina; muy poco, pero lo suficiente sin embargo para matar á un enfermo.

Cursaba el segundo año, cuando la guerra civil por una parte, y algun cansancio por otra, hicieron que dejándose llevar del torbellino de la política, abandonara del todo sus estudios.

Despues de mil peripecias, habia llegado á la edad madura, lleno de desengaños y vacío de dinero. El último empleo público que desempeñara, habia sido suprimido por razon de economías; y consecuente á la marcha del Gobierno, Don Jacinto no habia podido hallarse tambien más económico.

Su situacion era amarga: cesante, con una recua de hijos, y teniendo que verse mantenido por el trabajo de su familia.

Si hubiera sido jóven todavía, quizá se hubiera dado á la literatura, refugio á que acudimos los que no servimos para nada; pero como ya era viejo (tenia cincuenta años), se

dió á otra profesion no ménos criminal: se dió á la medicina.

Aquella mata el alma; y ésta el cuerpo. Crean Vds.: el mundo no andará bien, hasta que frases y drogas, literatos y médicos, no sean abolidos.

En sus horas de ocio, que eran todas, Don Jacinto empezó á hojear unos cuantos textos viejos que áun conservaba, con el objeto de recordar sus estudios juveniles; y como las tareas intelectuales daban ahora con un cerebro envejecido y débil, el bueno de Don Jacinto principió á perder el juicio, ó más bien dicho, á cambiarlo por una monomanía persistente. Creyóse de buena fe predestinado, y anunciando primeramente á sus amigos su nueva profesion, ofreciôles sus servicios. Poco á poco fué extendiendo gradualmente el círculo de sus enfermos, hasta que obtuvo por fin reputacion general de curandero.

Por supuesto que decia que si no tenia el título de Doctor, era porque no queria, pues no estaba ya en sus años para ponerse á dar exámen como una criatura.

Así logró embaucar á algunos infelices, lo que no tiene nada de extraño, porque estos son muchos y parece que se ponen por delante para eso; pero lo que sí es extraño, es que Don Jacinto se embaucó á sí mismo: dos ó tres curas casuales, lo hicieron creer firmemente que era un hombre de ciencia á toda prueba.

Pasábase el infeliz dias y noches llenándose la cabeza de higienes, patologías y terapéu-

ticas, y á tanto llegó la cosa, que creyéndose al fin con fuerzas suficientes, propúsose inventar algun específico que lo inmortalizara.

Estaba con esta idea, tejiendo ensueños científicos, é indeciso en la eleccion de la enfermedad que habia de tratar, cuando sobrevino la fiebre amarilla del 71, y acabó su indecision.

D. Jacinto no tenia mal corazon, pero el sabio debia sobreponerse al hombre: se alegró: y púsose incontinenti á hacer experimentos, creyendo al cabo de algunos, haber conseguido su objeto. El específico estaba descubierto: llevaria su nombre, y éste, embarcado en aquél, como un marino en su nave, ya podria arribar algun dia á las doradas playas de la inmortalidad.

Muy adelantado estaba, segun él, en la senda de la gloria, pero muy atrasado, segun Doña Petronila, su mujer, en la de la vida práctica, pues en la casa solia tenerse apetito más tiempo de lo necesario.

Y esto prueba una cosa: que el dia en que se logre embotellar el hambre, no se podrá usar de mejor aperitivo.

Gracias á que la casa en que vivian era herencia de familia, y no habiendo por lo tanto que pagar alquiler, quedaban sus necesidades concretadas á la ropa y al sustento.

Lo cierto es que Don Jacinto era muy poco llamado para curar enfermos, sin duda escarmentada ya la gente de su ciencia, aunque en cambio lo llamasen muy á menudo de los Juzgados de Paz, los cuales, eso sí, no escar-

mentaban jamas: en vano él respondia á todas sus demandas con un sincero ¡ *No tengo ni un centavo !*

* * *

Pues todas esas cosas eran las que tenian á Don Jacinto Almoa en extremo pensativo.

El febrífugo estaba descubierto, ¿pero cómo ensayarlo y propagarlo? Daba la fatalidad que la fiebre amarilla no volvia. Las malditas cuarentenas y otras precauciones del Consejo de Higiene la tenian alejada.

Don Jacinto estaba de un humor negrísimo. Si su situacion no hubiera sido tan crítica, él se hubiera puesto en viaje hácia alguno de los países en que ese flagelo es endémico; pero ¿cómo, con qué hacerlo?

El trabajo de aguja de su mujer y su hija mayor apénas podia mantenerlos miserablemente.

Era tal su pobreza, que hasta su aspecto era indigno de un discípulo de Hipócrates: tenia ya algo de *grajeriano*. Su ropita estaba tan gastada ya, tan lustrosa por el uso, que parecia un espejo. Sin duda por eso él se miraba en ella. La cuidaba como á parte integrante de su persona, y tan integrante era en verdad, que se podia decir que era en él una segunda piel; como no tenia otra, jamas se la cambiaba, y no podia uno encontrarse con Don Jacinto sin encontrarse con ella.

* * *

Una mañana entró desaforado en su casa. Doña Petronila y su hija mayor, que estaban cosiendo, quedáronse sorprendidas al verlo. ¡ El, siempre tan grave y circunspecto, trasfigurado ahora y lleno de emocion !

Venia con un periódico en la mano.

—¿ Qué es eso, papá ?—¿Qué es eso, Jacinto ?—preguntaron á un tiempo hija y mujer.

—¡ Somos felices ! ¡ Ya tengo hecha mi fortuna !

Y Don Jacinto brincaba como loco de contento, agitando el diario en alto cual si fuese una bandera.

—¿ Pero qué es ? ¿ Qué le pasa ? ¡ Cuente ! ¿ Cómo es eso de fortuna ?

Y las dos mujeres abandonaron sus asientos, anhelantes por saber qué era lo que daba al traste con la gravedad de Don Jacinto, que en cuanto á eso, sí, no habia hombre de ciencia que la tuviera más grande.

Por fin habló. Los brincos y la emocion lo habian fatigado : su voz era entrecortada por breves aspiraciones, como letras por puntos suspensivos.

—Oigan...... Oigan...... ¡ Ya somos ricos !.....

Ellas prorumpieron en otra exclamacion, mezcla de impaciencia y alegría.

El tomó aliento un instante, y en seguida leyó el siguiente suelto :

« *Fiebre amarilla.*—Como es de dominio público, esta epidemia está haciendo estragos

desastrosos en las ciudades marítimas de Méjico que dan al golfo. En Yucatan, Veracruz, y otros puntos muy poblados, ha llegado á hacer hasta trescientas víctimas diarias.

« Con ese motivo, el Gobierno Mejicano ha expedido un decreto, ofreciendo un premio de treinta mil patacones á la persona que haga el descubrimiento de un remedio para vencer ese fatal flagelo.

« No importa que el inventor sea titulado ó no, con tal de que el febrífugo, despues de ser ensayado por las autoridades, dé el resultado que se desea.

« La aprobacion del Consejo de Higiene y el pago de los susodichos treinta mil, se seguirán uno á otra.

« ¡ A la empresa, pues, hombres de ciencia ! Aquí es el caso de ser bendecido por el género humano, adquirir eterna gloria, y lo que es más positivo: una suma redondita para pasar la vida alegremente esperando la hora de la inmortalidad. »

Don Jacinto, al concluir, se quedó lelo. Habia fijado los ojos en su mujer y su hija, y las habia visto volver silenciosamente á sus asientos, con ese aire de decepcion y malhumor de quien siente caérsele el alma á los piés.

—¡ Pero, mujeres, por Dios ! ¿ Vds. no han entendido? ¡ Si tengo hecha mi fortuna !

Ellas volvieron á su costura, inclinaron la cabeza, y no respondieron.

—¿Tengo más que ir á Méjico, presentar mi febrífugo, ensayarlo, recibir mis treinta mil patacones, y volver á disfrutarlos?

Aquí estalló Doña Petronila, que solia tener sus arranques de mal genio.

—¡Pero, pedazo de animal!—le dijo—¿y con qué te vas á Méjico? ¿Tienes acaso ni para hacer el viaje de una legua?

—¡He pensado ya en eso! Vendemos la casita, y nos vamos todos á Méjico. Por lo ménos, sacaremos de ella cincuenta ó sesenta mil pesos, cantidad que basta y sobra para que hagamos el viaje y pueda presentarme yo decentemente, porque . . . . .

Ella lo interrumpió, diciendo con sarcasmo:

—Sí . . . . nos quedamos sin casa . . . . nos da la epidemia en Méjico . . . . se rien de tu específico . . . . y . . . . ¡Hombre, hombre! la pobreza te vuelve loco, Jacinto! Piensa en que tienes hijos y debes tener más juicio. Anda, anda; y ve si consigues un empleo cualquiera, que será mucho mejor!

Y volviendo á tomar la aguja, prosiguió su costura.

Don Jacinto, sofocado por la indignacion, la habia escuchado mirándola fijamente, sin poder interrumpirla. ¡Desconocer su talento! ¡Burlarse de su específico! ¿Y quién? ¡Su propia mujer! . . . . .

Reprimióse sin embargo, porque Don Jacinto tenia educacion, y le dijo amargamente:

—Bien podias, Petronila, no echarme en cara mi desgracia. Si no trabajo, es porque no encuentro en qué. Tú bien lo sabes.

Aquí saltó la niña, diciendo :

—Sí, papá. Pero es que Vd. con su manía de medicina, busca el trabajo por ese ladò, y no lo halla, en vez de buscarlo por otro más positivo, donde seguramente lo hallaria: de ir á ver al Ministro, por ejemplo, y pedirle una vacante.

—¡Claro está!—dijo la madre.

—¡Vd., so mocosuela, no sea atrevida, no se meta en camisa de once varas! — gritó el padre estallando ; y ya fuera de sí, se le acercó, y aplicándole la mano, como quien da vuelta un torno, le dió un pellizco tal, que casi la suspendió en el aire.

La niña largó el llanto.

La madre levantóse furibunda, y echando fuego por los ojos, dijo al infeliz discípulo de Hipócrates, que arrepentido ya de su arrebato, estaba como asustado :

—¡Eso más! ¡No trabajas en nada, y áun vienes á pegarnos, miserable !

Y loca de indignacion y de dolor, hizo duo con su hija : largó tambien el llanto.

El pobre Don Jacinto, lleno de amargura, se apretó la cabeza entre las manos, y exclamó con sordo acento :

—¡Oh! ¡esto ya es demasiado!

Y como en un dia sonriente y claro se encapota de pronto el cielo cubriéndose de negras nubes; así su cerebro, nido de la alegría momentos ántes, se cubrió de tristeza, y las ideas más fúnebres y negras empezaron á cruzarlo.

—¡No! ¡Ya no les haré más peso! ¡Yo las he de librar de este miserable!

Y se alejó, dejando tras sí aquel triste cuadro de llanto y de miseria.

*
* *

Habria pasado una hora.

Las dos mujeres, sin hablar una palabra, trabajaban. De cuando en cuando, una lágrima rezagada surcaba aún sus mejillas, yendo á perderse entre los pliegues de la costura.

Aquellas infelices regaban su trabajo, no sólo con el sudor de su frente, sino tambien con sus lágrimas!

La pieza en que cosian daba á la calle.

De pronto sintieron como un rumor de gente que pasaba en muchedumbre; pero abstraidas en su tarea y sus pensamientos, no pusieron atencion.

En esto abrióse la puerta, y los dos niños menores, que volvian de la escuela, penetraron en el cuarto precipitadamente.

—¡Mamá!—gritó el mayor, entre sollozos —¡ahí llevan á papá!

—¿Cómo, que llevan á papá!

—Sí . . . . ahogado . . . . . en una camilla......—agregó el otro, tambien llorando.

—¡Dios mio! ¿qué dices, niño?—dijo la pobre madre levantándose aturdida.

—Sí . . . . lo llevan á la Policía . . . . Se tiró al rio . . . .

—¡Jesus, Jesus! ¡Dios me ampare! . . . .

Y cayó desfallecida en los brazos de sus hijos.

Aquel dia era funesto para aquella pobre gente. Hambre, trabajos, lágrimas . . . . . todo se habia reunido para martirizarlos.

Doña Petronila volvió en sí al poco rato.

Sus hijos lloraban prendidos de ella. Algunos vecinos rodeaban aquel grupo enternecidos.

—¡Yo, yo tengo la culpa! ¡Desgraciada de mí! ¡Se ha suicidado por lo que yo le dije.

Las lágrimas la ahogaban.

De pronto se levantó, y haciendo un esfuerzo de ánimo, y dando á su rostro una expresion de serenidad sombría, limpió el llanto de sus ojos, y agregó:

— ¡Quiero verlo!

En vano los vecinos quisieron oponerse. Púsose un manto por la cabeza febrilmente; y no dejando que ninguno de sus hijos la siguiera, corrió á la Policía.

Recien llegaba allí la camilla.

Abrióse paso entre la multitud, y exclamando desgarradoramente: *¡Es mi esposo! ¡Quiero verlo!* llegó hasta la camilla; pero agotadas ya sus fuerzas por el dolor y el cansancio, volvió á caer desmayada.

Al recobrar de nuevo los sentidos, fué interrogada por el Jefe de Policía sobre si queria que se llevase ó no el cadáver á su casa; y habiendo respondido afirmativamente, se le quiso evitar la vista de él, y fué conducida á su domicilio en un carruaje.

*
* *

El cadáver venia envuelto en una sábana. El suicida se habia desnudado, sin duda para darse cómodamente un último placer ántes de morir; es decir: un buen baño; y habia dejado sus ropas en la orilla, pero las olas del rio, que estaba ese dia furioso, las habian arrebatado al chocar contra las peñas.

Segun la opinion del Médico de Policía, el suicida habia muerto instantáneamente, pues al tirarse, se habia despedazado la cabeza, chocando con una roca á flor de agua.

Sus facciones estaban completamente desconocibles: su rostro estaba deshecho y bañado en sangre; pero los vecinos de la casa, al colocar el cadáver en el ataud que al efecto fué á buscarse, reconocieron al punto á Don Jacinto por su larga barba gris y su estatura elevada.

Como no habia ni un centavo en casa, algunas almas caritativas se cotizaron, y trayendo cirios, paño mortuorio, lutos provisionales para la familia, etc., etc., pusieron la casa en estado de recibir dignamente á las relaciones que iban llegando noticiosas del suceso.

Y á las que áun no lo sabian, el largo crespon negro que se ató en el llamador de la puerta de la calle, desde el primer momento, les hacia entrar á enterarse.

La pobre Doña Petronila estaba sin consuelo. Ella se reconocia culpable del suicidio: las palabras de reproche que habia dicho á su marido, habian exasperado á éste con razon llevándolo á aquel extremo.

En vano se queria alejarla de la sala donde

habian colocado el ataud. Allí estaba gimiendo amargamente, formando un cuadro desgarrador con sus hijos prendidos de su cuello, que confundian con ella todas sus lágrimas en un solo llanto !

* * *

— ¿ Quién ha muerto aquí ? — dijo de pronto Don Jacinto entrando en la pieza precipitadamente. — ¿ Por quién han puesto luto ?

Imposible es describir la impresion que su presencia produjo en propios y extraños.

En todas las cabezas erizóse el pelo, en todos los cuerpos helóse la sangre : y creyendo firmemente que era el alma del muerto, que por un prodigio venia á ver el cuerpo que acababa de dejar, emprendieron la huida locos de terror, dejando la casa sola en un instante.

Sólo quedó la esposa con los hijos, que ocultaban atemorizados sus cabezas, hundiéndolas en el vestido de la madre.

Ella se arrodilló delante de él, y le dijo con voz trémula, persuadida de que aquel á quien hablaba era el alma de su esposo :

— ¡ Sé que tengo la culpa de tu muerte, pero perdóname ! ¡ Yo pasaré mi vida en continua penitencia rezando por tu descanso !

Don Jacinto la miraba con tamaña boca abierta. Acercóse al ataud, y no pudo ménos de palparse al ver el muerto, porque él tambien lo encontraba parecido.

En esto un grupo de gente entró en la pieza.

Eran los mismos vigilantes que habian traido el cadáver.

—¿Pero quién es este hombre?—exclamó por fin Don Jacinto, con voz como estampido de mina que revienta, y sin poder darse cuenta de aquel suceso fantástico.

Uno de los vigilantes avanzó.

—Es un almacenero de la calle de Balcarce, que se habia tirado al rio porque estaba por quebrar. Y como era de su alto, y tenia barba larga y canosa como Vd., y estaba con la cara casi deshecha, muchos lo confundieron con Vd. Recien hemos sabido la verdad, porque fué la familia á reclamarlo; y por eso es que hemos vuelto: venimos á llevárselo.

El acto era muy triste, y sin embargo, Don Jacinto, Doña Petronila, los muchachos, los vigilantes, y algunos curiosos que se habian ido colando miéntras tanto, rompieron en una franca carcajada.

* * *

Pero la alegría de los de la casa duró poco, porque despues de haber sacado el ataud, Don Jacinto dirigióse á su mujer, y le dijo con mucha gravedad:

— Apróntame todo lo necesario para hacer un viaje. Esta tarde me embarco. Vengo de la Legacion de Méjico. El Ministro se compromete á pagarme el viaje hasta Veracruz. Vds., miéntras tanto, se quedarán aquí hasta que yo vuelva con los treinta mil, y se acaben los trabajos.

El Ministro mejicano se habia dejado seducir indudablemente por la gravedad peculiar á Don Jacinto, y como éste ademas tenia cierto barniz social, reliquia de sus buenos tiempos. . . . . No hay duda alguna: Don Jacinto decia la verdad.

Y, en efecto, el discípulo de Hipócrates embarcóse aquella tarde, conduciendo su febrífugo.

No ha vuelto á saberse de él en Buenos Aires.

Sin embargo, hay quien dice, y aun afirma, que al llegar á Veracruz le dió la fiebre, y que habiendo ensayado en sí mismo su específico, reventó como una bomba!

UN PASEO A CABALLO

Montevideo, Setiembre 28 de 1884.

Como en el proscenio de un teatro, cuando empiezan á pasar, uno tras otro, multitud de comparsas diferentes, y á sucederse cambios de decoracion ; así en mi memoria empiezan á pasar, instante por instante, las horas del dia de ayer, y siento en mí renovarse una tras otra, las impresiones en ellas recibidas.

....

Voy montado á caballo. Son las seis de la mañana. Ya he dejado atras los últimos edificios del barrio del Norte, y empiezo á costear los murallones. Detengo el caballo : giro los ojos.

A la izquierda está la ciudad elevándose simétricamente sobre la cuchilla con sus calles anchas y rectas ; enfrente, la bahía, con su selva de mástiles embanderados (es domingo), serena y adormecida como un lago ; y á la derecha, la costa del Pantanoso, sembrada de saladeros y de chacras, terminando con el Cerro, en cuya masa verdinegra encostrada de rocas, se destacan, desgranadas en grupos caprichosos, varias casitas blancas, á manera

de bandada de palomas que ha abatido el vuelo en una altura.

El dia es hermosísimo: primicias de primavera. El cielo está azul, sin nubes: sólo allá á la altura de la fortaleza del Cerro se ven unas cuantas de ellas formando un pequeño grupo, que parece el penacho de humo de un volcan.

¡Lo que son las apariencias!.... ¡El Cerro, tan pacífico, con aspecto de Vesubio!

*
* *

Sigo.

Esa extension de terreno donde están los murallones, hace quince ó veinte años que ha sido arrebatada al agua: ántes era playa; es uno de los parajes más pintorescos de Montevideo: y la desidia de las autoridades no ha podido en todo ese tiempo acabar de rellenarla todavía: hay partes donde el agua casi ha deshecho los fuertes muros de piedra, abriéndoles con sus olas inmensos boquerones, como si hubieran sido tomados por asalto á cañonazos: y el agua que en algunos puntos quedó encerrada entre los cuadros de pared, y que nunca fué extraida, ha formado una porcion de estanques que son focos permanentes de infeccion.

Pero estos parajes están poblados no obstante. Tan es así, que al pasar, casi me ensordece el ruido de sus habitantes.

¡Qué gente tan alegre! ¡todos cantan! Parecen en lo bulliciosos periodistas.

Todos cantan, y los hay de todas voces. Lo que sí, que forman coros uniformes (en esto ya no parecen periodistas) : en cada estanque se canta en tono igual. Los hay con voz de tiple, los hay con voz de soprano, y hasta los hay con voz de bajo, pero una voz de bajo aguardentosa, ó así como de persona resfriada. ¡ Tambien no es para ménos ! ¡ miren que eso de estar siempre en el agua... !

Casualmente, voy pasando al lado de un estanque donde se canta con esta voz de resfrío. Los gritos son roncos, secos, formando así como el coro de muchas castañuelas.

¿ Si serán las ondinas del estanque que están bailando jotas debajo del agua ?

¡ Qué ondinas ni qué manía de poetizarlo todo ! . . . Son ranas simplemente, pero en número tal, que cualquier dia tomarán por asalto la ciudad.

*
* *

Un silbido agudo y largo me saca de esta meditacion. Es la locomotora que pasa. El caballo se encabrita.

Cerca de la orilla hay un viejo ponton, y como soy muy propenso á la filosofía, su vista me sugiere una infinidad de reflexiones.

Y me digo :

— Ese quizás ha dado la vuelta al mundo, cuando buque gallardo hendia soberbiamente el mar, cargado de riquezas ; y ahora ahí está inmóvil, arrumbado en un rincon de la bahía, con su armazon ya casi en esqueleto, viéndosele las costillas destabladas.

Y el pobre verá sin duda con dolor cómo pasan á veces por su lado, sin arribar á él como en tiempos más felices, en que lo rodeaban cortesanamente en apiñada muchedumbre, — las más tristes balandras, los más humildes botes; y pasan así inclinados por el viento como sin hacerle caso, como burlándose de él . . . . . quizá hasta dándole la popa desdeñosamente!

Mi caballo se detiene: yo tambien: él en su paso, yo en mi filosofía. Es que hay delante un arroyo: el Miguelete.

Busco el vado. A poca distancia lo hallo. Ya el agua me salpica, y tengo que alzar las piernas y acurrucarme en la silla en la posicion más lastimosamente ridícula del mundo.

Un galope. Cruzo el puente del Pantanoso, y empiezo la ascension del Cerro.

La altura de éste es de unos ciento cincuenta metros sobre el nivel del agua que bate sus orillas.

* * *

Ya estoy en la cumbre. El aire es tan fresco, que parece que lava la cara. Tiendo la vista.

La península que forma la ciudad se destaca claramente sobre el rio, como sobre una plancha: este está inmóvil, brillante, y tan azul, que parece más bien una vasta disolucion de añil.

Las casas se atropellan y amontonan como un rebaño que se apresura por salir del agua.

Allá en el confin del horizonte se asoman las cabezas de los cerros de Pan de Azúcar y las Animas.

Todo es risueño, todo resplandece, todo está como de gala: el cielo, el rio, la ciudad, las quintas, que como verde guirnalda la circundan: hasta las playas parece que se han puesto hoy su mejor túnica de arena: brillan á la luz del sol como si fueran de bruñida plata!

Tambien todo lo veo en uno de los primeros dias de primavera, la que quizá ha escogido este domingo para estrenar este año su traje más hermoso!

En la fortaleza, la banda lisa está ensayando dianas.

Principio á descender, y los ecos de tambores y cornetas, cabalgando sobre el viento, como sobre un corcel alado é invisible, van siguiéndome, ya claros, ya confusos, ya casi imperceptibles, hasta que al llegar al pié de la montaña, dejo de percibirlos por completo.

*
* *

Tomo la direccion del Paso del Molino, siguiendo los rieles del tramway.

Suelto la rienda al caballo y á la imaginacion; y ésta y aquél emprenden el galope. Pero el caballo va para adelante, y la imaginacion va para atras: retrocede hasta la infancia.

¡Qué pasion tenia yo entónces por la equitacion! . . . . No habia palo de escoba,

paraguas ni baston al alcance de mi mano, que no lo trasformara yo en cabalgadura.

Un dia (era mi cumpleaños) mi amor á la equitacion puedo decir que fué correspondido. Se me regaló un caballito de madera.

Mi entusiasmo fué tremendo . . . . pero efímero ! La ambicion crecia y se desbordaba en mi como la espuma en un choppe. Cuando montaba palos pelados, habia suspirado por un caballito de madera : ahora que lo tenia, lloraba por uno de carne y hueso.

Pasó algun tiempo. Llegué á los 14 años. Yo estaba entónces aquí, en Montevideo.

Se me ofreció que si salia bien en los exámenes, obtendria la realizacion de mi ideal. ese ideal tanto tiempo acariciado !

Nunca fué mi virtud la aplicacion, pero lo que es esta vez hice prodigios.

Vinieron las vacaciones, y pude salir á caracolear por esas calles, montado en un soberbio pingo, de mi única y exclusiva propiedad, y mirando por encima del hombro á todo el mundo.

Era un hermoso bruto. Cinco años, forma esbelta, vivaracho, pelo oscuro y reluciente, y cabeza pequeña y largas crines, que yo me pasaba peinando horas y horas !

* * *

Mis recuerdos se interrumpen. He llegado al Paso del Molino. Me bajo en un restaurant, y póngome á almorzar.

Yo despues de comer, soy el hombre más

feliz del universo: no tengo ideas. Estas abandonan el cerebro, lo dejan deshabitado, y áun más todavía: vacío; pues al abandonarlo, se llevan consigo todos los tarecos que suelen amueblarlo; es decir: sueños, historias, imágenes, y otros mil disparates, que las más de las veces me hacen creer que llevo un manicomio encima de los hombros.

Pero al irse del cerebro, las ideas no por eso me abandonan: cambian de domicilio nada más; ó más bien dicho: de piso: se refugian en mi estómago. Echan allí cada siesta, que parece más bien que estuvieran en el campo; hasta que las despiertan los clamores que él exhala, solicitando nuevos alimentos. Ellas entónces se escandalizan, y emprenden la disparada, siempre con sus tarecos á cuestas: en un segundo están otra vez de vuelta en la cabeza.

Y esto no ha de sucederme á mí no más. Creo que somos muchos los que pasamos por igual cosa. Y sino, recuerden Vds. tanto escritor que escribe bien cuando tiene hambre, y que despues que tiene fama, y por consiguiente, plata, y que en consecuencia come, ya no escribe nada que valga la pena.

¡Pero lo que es la dificultad de saber uno expresarse propiamente! ¡Vean Vds. qué digresion para decir que miéntras hago la digestion (tres horas largas), me estoy en el restaurant como un autómata, sin pensar, sin mirar, sin hacer nada!

*
* *

Vuelvo á montar á caballo. Es mediodia. Tomo el camino del Puente de las Duranas, cuyos sauces llorones me parecen los más tétricos que he visto.

¡ Pobrecitos ! ¡ tambien no es para ménos ! El arroyo que á sus plantas se desliza es tan raquítico, tiene un agua tan turbia, tan barrosa, que verdaderamente, ellos no han de poder ménos de mirarse en su superficie sin sumo desconsuelo !

Al cruzar este camino, todo bordado de preciosas quintas, me envuelve un olor de flores que me embriaga.

Podria creerse que los árboles y las plantas han estado atesorando perfumes todo el año para derrocharlos ahora en este dia, ... ¡ pero de qué manera ! . . . . . Decididamente: la primavera es un mal ejemplo para la juventud : pródiga, ardiente, embalsamada, hermosa. . . . . . . y luégo, ¡ tan verde !

*
* *

Otro galope.

Parece que es lo que ha esperado la imaginacion. Se reanudan mis recuerdos.

Ya tenia yo pues un caballo, pero no un caballo apócrifo, sino uno de carne y hueso.

Todas las tardes salia yo á dar en él algunas vueltas por los alrededores de la ciudad.

Un dia andaba por la Estanzuela. Era un dia de primavera como éste.

Pasaba rozando el cerco de una quinta, cuando vi un jazmin del Cabo tan hermoso, y

luego tan al alcance de la mano, que me sentí tentado á infringir el sétimo mandamiento.

Era muchacho; y á esa edad, aunque por la mañana se estudie el catecismo, por la tarde no hay escrúpulo en echar al olvido sus preceptos.

Bajéme del caballo, y teniéndolo de la rienda, me acerqué á arrancar la flor. ¡Ya me parecia verme con ella en el ojal, haciendo escarcear mi pingo por la calle del 18! (1)

Pero en el momento de echarle la mano encima, me quedé con ella abierta y suspendida en el aire. El cerco no me habia dejado ver una persona que estaba allí, á pocos pasos.

Era esta una linda muchacha, que con un cepillito en una mano, andaba limpiando las plantas de los gusanos que suelen carcomerlas, y al mismo tiempo formando un ramillete.

—¡Vamos! — dije para mí — ¡Estoy pillado infraganti! Aquí no hay más remedio que dar un golpe de audacia.

Y continué en alta voz, dirigiéndome á la jóven:

—Señorita: ahora que la veo á Vd., no extraño que ese jazmin me haya tentado á que lo arrancara sin permiso de su dueño, pues desde que es tan tentadora quien lo cuida . . . .

(1) Calle del *18 de Julio* en Montevideo, llamada generalmente así por abreviacion.

La niña, —pues era más bien niña que señorita — sonrióse y respondió :

—Haga de cuenta que no me ha visto. Arránquelo no más.

—Pero ya que Vd. es tan buena, tenga una bondad más : démelo Vd. misma. Así me impedirá que cometa un pecado, y me dará el inmenso placer de recibirlo de sus manos.

Y etc., etc., etc. La conversacion siguió, tan insulsa como habia principiado, creo que una hora más ; pues cuando se empieza por una flor, bien se puede acabar por un apreton de manos.

Cuando me retiré, no sólo llevaba el jazmin, sino tambien el ramillete que ella estaba formando á mi llegada.

Enfin : aquello acabó por enamorisquiarnos uno de otro locamente.

¡ Y en qué edad ! La cosa era peligrosa. ¡ Ella trece años, y yo catorce !

Todas las tardes iba yo á la Estanzuela, y no volvia hasta cerrada la noche.

La familia de la muchacha era muy pobre. El padre — que era un animal — arrendaba la quinta en que vivian, y ganaba su sustento cultivándola.

Un dia nos encontró en sabrosa plática, con las miradas húmedas, las manos entrelazadas, y otros detalles más, diciéndonos y probándonos por la millonésima vez que nos queríamos.

¡ Cosa más rara ! Aquel cuadro tan tierno, en vez de ablandar su corazon, lo endureció

de tal modo, que lanzando una interjeccion, y echando mano á una azada, se me vino al humo, y si no es porque como de costumbre, yo tenia, allí á mi lado, el caballo atado á un árbol, y que monté y disparé rápidamente, sin duda alguna me rompe las costillas.

Miéntras yo iba como una exhalacion cortando el viento, sentí detras de mí algo como un confuso golpeteo de cachetes y un eco de gemidos.

Eran los resultados de la autoridad paternal en ejercicio.

Fuí al dia siguiente, y al otro, y al otro, y nunca la veia. En vano me pasaba todo el dia merodeando por los alrededores de la quinta. Galope aquí, galope allá. ¡Nada! Lo único que sacaba, era que de tratar á mi oscuro tan sinconsideracion, éste empezaba á enflaquecer notablemente. Y yo—no hay que decirlo—desesperado por no ver á mi Julieta, estaba como un hilo. Corcel y jinete íbamos tomando ya un aspecto algo fantástico. Más de un transeunte, al vernos cruzar á la indecisa hora del crepúsculo por aquellos parajes solitarios, se habia persignado apresurando el paso con temor supersticioso.

¿Qué era de ella? . . . . . .

Ó el padre la tenia encerrada, ó la habia llevado á otra parte, ó estaba enferma.

*

* *

Vuelven á interrumpirse mis recuerdos. Casi maquinalmente he atravesado el camino

de Atahualpa, y he llegado á la cumbre del Cerrito.

Es la una y media de la tarde. El sol aprieta. Aunque la altura sea baja, comparada con la del Cerro, sin embargo el panorama que desde aquí se domina es extenso y hermosísimo.

A la derecha, una larga hilera de casas, que parecen enhebradas como cuentas de un rosario: es el pueblo de la Union, largo y angosto: al frente, la ciudad, cuyas cúpulas relumbran á manera de globos de cristal, al ser heridas á plomo por el sol: y un poco hácia la izquierda, el Cerro; siempre el Cerro: parece que es un curioso que todo lo quiere ver. Por el norte, por el sud, por el este, por el oeste . . . : por cualquier parte que uno tienda la vista en derredor, siempre se encuentra con él, siempre lo ve con su fortaleza allá en la cima, como si fuera un sombrero pequeñísimo en la enorme cabeza de un gigante!

Estoy en un paraje que ha sido teatro de sucesos inolvidables; algunos por lo gloriosos, otros por lo funestos. Aquí fueron vencidas las huestes españolas por las armas argentinas y uruguayas; aquí tuvo su cuartel general el Teniente de Rosas.

Y por no ponerme á revolver en mi cabeza tanta gloria y tanta miseria, me alejo de este sitio.

Tomo un camino que da á la entrada de la Union, cruzo el pueblo, y sigo hácia el Buceo.

Por más que he querido desechar de mi

memoria los recuerdos políticos de tiempos ya lejanos, no me dejan, me acompañan tercamente, y van alborotando mi cerebro como enjambre de insectos bulliciosos. Pero de pronto se eleva en medio de ellos el de mi amor por la hermosa quintera, y todos huyen ante él despavoridos: sin duda se consideran impotentes para luchar con él en mi memoria.

*
* *

—¿Y qué habia sido de ella?—me dice mi recuerdo—¿La tenia encerrada el padre? ¿La habia llevado á otra parte? ¿Estaba enferma?

Yo pensé várias veces en levantarme la tapa de los sesos.—¡Tanta era mi desesperacion!—Pero morir yo solo! . . . . ¡Todavía si hubiéramos podido hacerlo juntos!

Esta idea me salvó. Resolví esperar á saber algo de ella, aunque pasara las penas más horribles: y en cuanto pudiera verla, ya que su padre era un tirano, un monstruo, le propondria nuestro suicidio doble.

¡Cómo no hablarian los diarios poniéndonos por las nubes! ¡Qué sueltos necrológicos no se harian á nuestro respecto! ¡qué comentarios entre las personas de nuestra relacion, llenas de compasion y simpatía por las víctimas, y de odio y anatema por el verdugo! ¡Cómo no nos invocarian los amantes desgraciados al poético rayo de la luna!

Miéntras tanto, me pasaba los dias galopando por la Estanzuela y haciendo preguntas

vagas á todo bicho viviente, sin conseguir saber nada. Mis pesquisas eran vanas. Lo único que conseguia era estropear cada vez más mi pobre oscuro, que con tanto mal trato y ejercicio, estaba que daba lástima: parecia él tambien enamorado.

Y cuando no andaba así, de un lado para otro, encerrábame en mi cuarto, y me ponia á hacer versos; pero unos versos tales, que mis amigos se ponian muy tristes cuando yo se los leia.

Naturalmente, yo me figuraba que era por la amargura de que mis elucubraciones estaban impregnadas, pero más tarde supe que era de conmiseracion por mi persona, al ver que eran tan malas.

Un dia que estaba entregado á tan fúnebre tarea; y en lo mejor que mi pensamiento andaba como un anzuelo á la pesca de un consonante, sentí un rumor de dos voces en el patio: eran una que retaba, y otra que se disculpaba. Inconscientemenie púseme á escuchar, cuando de pronto tiré pluma y papel, y salí puerta afuera alegremente: un rayo de consuelo habia iluminado la noche de mi martirio: este rayo de consuelo era una idea, todo un plan.

Hé aquí la causa del rumor de aquellas voces y de mi inspiracion estratégica.

Habia llegado la lavandera, y se la retaba porque habia tardado mucho tiempo con la ropa. Ella se disculpaba con que habiéndosele muerto su caballo, tenia que venirse á pié

hasta la ciudad (vivia en la Estanzuela); y esto habia entorpecido su método de trabajo.

Entónces no habia tramway, y las lavanderas traian sus atados, como áun hacen algunas, en unos matungos viejos que no salian del paso, pero que podian hacer el camino de la Estanzuela al centro una vez por semana, y hasta dos, si el caso era perentorio, y los achaques de la vejez no se oponian.

Quizá el que pertenecia á nuestra lavandera era un Matusalen que habia rendido su vida resistiéndose contra la muerte hasta quemar el último cartucho.

¿Para qué ser minucioso?

La lavandera no era incorruptible. Le di algun dinero, y al otro dia supe que mi amada habia estado en efecto muy enferma, pero que ya empezaba á convalecer.

¡Pobrecita! ¡cuánto no habia sufrido por mí! . . . . . y por su padre tambien, pues segun me contó mi Celestina, la niña habia recibido de él, como padre y señor que era, una paliza de padre y señor mio!

La casa de la lavandera quedaba á unas dos ó tres cuadras de la quinta del tirano.

A los catorce años, es muy difícil tener siempre el bolsillo bien provisto (áun hoy, á los veintiseis, no he adelantado mucho á ese respecto): así pues, como mi Celestina era codiciosa, y mi situacion pecuniaria era tan crítica como el estado de mi corazon, no hubiera pasado de ahí, si una idea salvadora no se me hubiera ocurrido, aunque haciendo

un inmenso sacrificio. Era la prueba más grande que podia yo dar de mi pasion.

¡Ay! ¡regalé mi oscuro á la lavandera! y ésta se compuso de modo, que á los pocos dias, mi Julieta y yo empezábamos á vernos en su casa, libres de todo riesgo, especialmente del de ser acariciados por la enérgica mano de su padre.

¿Libres de todo riesgo, he dicho?

Yo sí, pero ella. . . . .

*
* *

Aquí estoy de la historia de mi amor, cuando me apercibo de que tambien estoy en el Buceo.

Dejo á un lado el Cementerio, y sigo hácia la playa.

El dia continúa tan sereno, que el lazareto y los edificios de la Isla de Flores, se distinguen claramente. Allá en el horizonte vénse algunas velas que paulatinamente van perdiéndose en el mar, como si éste las tragara poco á poco.

Vuelvo la vista. He sentido como el aliento fatigado de una garganta inmensa. Ya se acerca. Es un remolcador. Pasa á poca distancia de la costa, arrastrando una balandra en direccion á la Isla.

Sigo.

Un ruido como de tiros hiere mis oidos. Parece salir del otro lado de una cuchilla que voy ascendiendo.

—¡Eh! serán cazadores—pienso.

Pero despues recuerdo que en esta estacion la caza está prohibida: lo que no deja de ser algo inmoral. ¡Qué! ¿la autoridad protege los trasportes del amor, por más que éste sea en las aves? Que aprendan éstas de los escritores castos, cuya vida es una cuaresma interminable.

Al llegar al lomo de la cuchilla, veo la causa de los tiros.

Una turba de jovencitos de doce á quince años está tirando al blanco. Han puesto con ese objeto una lata de kerosene en lo alto de una roca, pero por mera fórmula sin duda, pues los tiros se dirigen á todas partes ménos allí.

—¡Futuros duelistas!—pienso.—La suerte que ahora los duelos van conformes con el dicho: *Los duelos con pan son ménos;* pues como todos acaban en almuerzo . . . .

—¡Ay!—exclamo en esto; pero ahora en alta voz, á grito herido.

Me acabo de meter distraidamente en un tembladeral. Y si nó es por los aprendices de duelistas, que yo estaba cuereando mentalmente, y que me ayudan con gran solicitud á salir de él, desaparezco en las entrañas de la tierra, junto con mi caballo, como en esos cuentos fantásticos que me hacian erizar el pelo cuando chico.

*
* *

Al poco rato llego á la playa de los Pocitos. Unos cuantos aficionados á la pesca están

en las primeras piedras que dan hácia el Buceo; unos con aparejos, otros con cañas, otros sin nada, de simples espectadores, pero todos con caras de idiotas, con la mirada fija, sin pestañear, esperando el beatísimo momento en que pique algun pescado.

Un muchacho me llama la atencion. Este debe de ser el aficionado más ardiente. Los otros pescan despiertos, y él lo hace dormido. Tenia sueño sin duda, y para conciliar sus dos deseos, se ha tendido sobre la arena atando su aparejo de un pié. Naturalmente, en cuanto un pescado pique, el tiron que éste dé lo habrá de despertar, sin pensar el infeliz que él mismo es cómplice de su propia desventura.

Sigo hácia el pueblo, que tengo á algunas cuadras de distancia, destacándose con sus casas y arboledas todas rodeadas de arena. Y esa arena me trae á la memoria la imágen del simoum. Parece que éste hubiera pasado por allí, dejándola á su paso como un manto sobre el suelo.

Entre árboles y casas se divisan unas hileras de objetos blancos que se agitan movidos por el viento.

Es la ropa lavada, pendiente de largas cuerdas, que se está secando al sol.

¡ Cuántas prendas femeninas, que dias ántes se ocultaba tan empeñosamente, ven allí ahora la luz, infladas por el viento, que parece que quiere reemplazar lo que ántes era rodeado por la tela !

¿Y qué hacen los amantes que no van á contemplarlas?

* * *

He llegado á las casillas. Dejo atras las de los hombres, y sigo hácia las de las mujeres.

No sé si será aprension, pero me parece que en este sitio, las olas, al tenderse á reposar sobre la playa, despues de una carrera fatigosa, parece como que gimen, que suspiran dulcemente!

¡Quién sabe! Puede ser que suspiren por las tardes ardientes del verano, próximas á llegar, en que se ven holladas por diminutos piés, en que pueden acariciar lánguidamente esbeltos talles, estrechándolos convulsas en abrazos de espumas erizadas!

¡Ay! ¡quién fuera ola!

Embebido con estos pensamientos, dejo al caballo seguir hácia adelante lentamente, paso á paso, sin cuidarme de su rumbo. Todo es en mi cabeza imágenes bañísticas: playas, olas, mujeres. Estas, envueltas en gallardos trajes, entran en el agua: llevan los brazos abiertos para poder mantener el equilibrio: una traviesa ola viene sonriéndose (á lo ménos su murmullo semeja una sonrisa): ya se acerca: todas unen sus manos formando una trinchera contra el invasor: ya llegó: ya se deshizo exhalando un gemido lastimero. Y las bellas ¿dónde están? Unas acá, otras allá, caídas y en desórden, prorumpiendo en

leves gritos de terror: la trinchera se ha deshecho al mismo tiempo.

¡Ay! ¡quién fuera ola!

Doy un suspiro, y despiértome como de un sueño delicioso. Quedo sorprendido al verme frente al circo de carreras de Punta de Carreta.

*
* *

En el momento en que paso por el circo, se efectúa una carrera, y una inmensa vocería y un correr de jinetes hácia un mismo punto, me anuncia que ha concluido.

Deténgome en la entrada, y una nube de muchachos me rodea, gritándome á porfía:

—¿Quiere que se lo tenga? ¿Quiere que se lo tenga?

—¿El qué, muchacho, el qué?—pregunto alarmado al que tengo más próximo.

—El caballo—me responde—¿No va á bajar?

—No, no bajo.

Y sigo hácia la Estanzuela.

*
* *

Los recuerdos de mi amor con la quintera vuelven á despertarse, evocados por la proximidad de estos parajes que yo tanto recorria hace doce años.

Ya veo á loléjos la quinta donde ella vivia, y un poco más allá, el nido de nuestro amor, la casa de la lavandera.

La melancolía se apodera de mí, y dando un suspiro, pienso:

— ¡ Qué ingrato fuí con ella ! Despues de haber abusado así de su inocencia, aprovechar la ocasion de tener que ausentarme de Montevideo para olvidarla ! . . . .

¿ Qué habrá sido de su vida ? . . . . ¡ Cómo no habrá llorado mi perfidia !

Felizmente para mí, tengo un estómago tan independiente, que por más triste que se ponga el corazon, él no se afecta en nada. Y como el continuo traqueteo del caballo le ha sido favorable, me pide de comer con el apetito más desesperado. Tan es así, que no espero á llegar á la ciudad; y tiendo al punto la vista para ver si descubro algun paraje donde poder hacerlo en el instante.

A buen hambre no hay pan duro. A dos ó tres cuadras veo un fondin, — de aspecto bastante rústico, es verdad —, pero al fin es un templo alzado al ídolo.

¡ Y quién sabe ! ¡ Las apariencias engañan tanto á veces ! ¡ Me han envenenado tanto el estómago en restauranes y hoteles en mi vida de hombre solo !

Aquí al ménos será sencilla la comida.

En un galope estoy en el fondin.

Bájome, ato el caballo á un poste, entro, y ya he abierto la boca para hablar, cuando me quedo con ella abierta y con los ojos inmóviles, lleno de sorpresa.

Acabo de verla á *ella*, á la quintera . . . . ¡ pero de qué manera, santo Dios !

Hace doce años, cuando nuestros amores,

era una niña esbelta, delicada, de maneras, ya que no distinguidas por lo humilde de su hogar, al ménos no groseras. ¡ Pero la que ahora veo ! . . . .

Una mujer gorda, mofletuda, con el pelo desgreñado, el vestido descuajaringado y sucio, un plato de comida en cada mano, y un vozarron y un gesto de academia (1) en los labios !

No sé si ella me ha conocido, pues casi no le doy tiempo á que se fije en mí. Me doy vuelta, desato el caballo, y en un minuto estoy léjos del fondin, ya perdido el apetito, pues mi estómago puede no ser sensible á las tristezas pero sí á las porquerías.

Y aquella mujer me ha dado asco.

¿ Pero cómo ha tenido lugar aquella trasformacion ?

Me acuerdo de mi antigua Celestina, y diríjome á su casa.

*
* *

De pronto mi caballo da una espantada tal, que casi me saca limpio de la silla.

Giro la vista para saber la causa, y descubro á pocos pasos un caballo muerto, que una nube de insectos picotea ; digo mal : no es un caballo : es algo parecido, algo que tiene figura y armazon de tal ; es un matungo flaco, viejo, descarnado ; un casi-semi-ex-caballo, como diria Marroquin.

(1) *Academias* — casas de baile para la hez del pueblo.

Castigo el mio, para alejarme de allí rápidamente, pues el difunto desprende un olor inaguantable.

Llego á la casa de la lavandera.

Como es domingo, descansa tomando mate debajo de la enramada, con unos cuantos muchachos que deben de ser sus nietos.

Ha envejecido mucho. Si la hubiera encontrado en otra parte, no la hubiera conocido.

Por ella sé lo que deseaba. La quintera, cuando yo me ausenté, lloró, se desesperó; pero comprendiendo que por lo pronto lo que más urgia era otra cosa, se casó al mes de mi ausencia con un paciente vecino que la habia empezado á solicitar por ese entónces.

Era este el propietario del fondin de donde yo acababa de salir; un animal muy grande y muy grosero, que poco á poco la habia animalizado á ella, hasta ponerla del modo en que yo la habia visto.

— Yo, nadie más que yo, tiene la culpa — digo en mi interior. — Ella se agarró á él como el náufrago á una tabla. Si yo no hubiera sido tan infame, ella, que sin ser culta, tenia ya la intuicion de la cultura, hubiera contraido una mejor suerte, hubiera sido otra mujer de la que veo.

—Y mi oscuro, ¿todavía lo tiene? — pregunto á la lavandera.

— ¡ Déjeme ! ¡ Pobrecito ! ¡ Estoy más triste ! Se murió hace tres dias lleno de achaques. Desde que Vd. me lo dió — que como Vd. recordará, ya estaba enfermo y flaco — no

dejó de sufrir ni un solo dia. ¡Y mire que yo lo cuidaba! . . . .

¿Pero no lo ha visto?—agrega interrumpiéndose vivamente.—Por el camino porque Vd. ha venido está. Murió como un pajarito. Yo lo vi. Se echó como para dormir, y ya no se levantó más!

¡Y yo habia pasado al lado de él, y no lo habia conocido! ¡Pobre oscuro!

Me despido, y tomo la direccion de la ciudad, bajando hácia la Playa de Ramírez.

*
* *

¡Otra vez playa! Si álguien me hubiera andado persiguiendo, pronto daria conmigo. El casco de mi caballo ha ido señalando en la arena mi camino.

Cae la tarde. Hay mucha gente en la playa. Aquí, muchachos que remontan cometas, y corren de un lado á otro bulliciosamente para tirarse tajos; allá, peones que entran al agua, con los pantalones arremangados hasta los muslos, para bañar un grupo de caballos; acullá, una turba de niñas y de niños, con trajes uniformes, que se desgranan en distintas direcciones, unos jugando carreras, otros saltando barrancos.

Estos son los huérfanos del Asilo, allí cercano.

Entre ellos se ven algunas personas mayores, que contagiadas de la alegría de la infancia, los acompañan en sus juegos. Son las hermanas de caridad á cuyo cargo están.

Corren, saltan, y los paños de sus tocas, al ser agitados por el viento, se mueven en sus cabezas como si fueran dos alas.

*
* *

Ya estoy de vuelta en la ciudad: ya estoy entrando.

Felizmente, ya es de noche, pues mi traje está muy poco presentable con lo del tembladeral y otros excesos.

¡Qué meditabundo estoy, qué melancólico!

Y siempre con lo mismo, me digo tristemente:

—Si yo no hubiera sido tan infame, esa mujer y ese caballo hubieran sido otros. Este hubiera tenido una vejez más honorable, aquella áun seria hermosa.

Y aflíjome y desespérome, y llego á mi casa tan triste, que creyéndome enfermo, todos me asedian á preguntas; pero yo á nadie contesto, y me retiro á mi cuarto, y sigo meditando.

....

Pero ahora que tejo este artículo, ahora que relato mis impresiones, no puedo ménos de decirme con despecho:

—¿No es una gran zoncera el haberme afligido de ese modo, cuando todo era una mentira, un puro juego de la imaginacion, sobrexcitada por el insólito movimiento de la sangre en los galopes?

¡Qué quintera ni qué caballo muerto!

Lo único que hay en plata, es que ayer fuí á dar un paseo á caballo por los alrededores de Montevideo ; y como andaba solo, como no tenia con quien hablar, compuse por el camino esta historieta.

EN HORAS NEGRAS

—¿Sabe, señora, lo que le ha pasado á aquel jóven melancólico que vimos el otro dia en Palermo hablando solo?

—¿Qué jóven? . . . . No recuerdo.

—Aquel que andaba paseando, y de cuando en cuando se detenia á hacer apuntes.

—¡Ah! ¡ya recuerdo! Pero no hablaba solo: era áun peor: declamaba: y versos al parecer. ¿Creo que Vd. me dijo que era un poeta?

—En efecto: era un poeta. Pues ese jóven — autor de los versos más desesperados que han visto la luz pública, versos que hacen al espíritu el efecto que harian á los ojos las aves de la noche desparramadas en mitad del dia —, ese jóven desdichado, hace ahora sus apuntes paseándose, no por las alamedas de Palermo, sino por las del Hospicio de las Mercedes.

—¿Qué dice? . . . . ¡Pobre jóven!

—Pero no sabe Vd. lo más gracioso todavía. Le ha dado la locura porque tiene el diablo adentro del cuerpo; y no quiere comer por nada de este mundo, pues dice que no está para mantener al diablo.

—¡Qué ocurrencia!

—Y yo creo que está en un error.

—¡Pues cómo no lo ha de estar! ¿Acaso ninguna persona cuerda puede creer hoy en dia que el diablo se meta adentro del cuerpo de nadie?

—Pues vea Vd.: yo lo creo: y el error en que él está, es el pensar en que le entró recien, cuando toda la vida lo ha tenido adentro, pues aquellas poesías que publicaba, sólo el mismísimo diablo podia componerlas.

—¿Cuándo tendrá Vd. juicio?—dijo la señora con acento de benevolencia.

—Señora—le repuse—: juicio tengo; pero no puedo ser un hombre grave. El que yo siempre esté de buen humor, no quiere decir que sea frívolo, sino que voy con la edad. No hay cosa más risible que un hombre jóven que parezca viejo á fuerza de hacerse serio.

—Por un lado, no deja Vd. de tener razon—observó la señora—: y yo así se lo digo siempre á Emilia. Esta niña se envejece moralmente ántes de tiempo. Nada la hace reir, y la más mínima cosa la hace llorar. Eso me desconsuela. Yo procuro inútilmente. . . . .

La señora no pudo concluir. Emilia entraba.

Venia hojeando un periódico.

Nos saludamos.

—¿Qué periódico es ese? —le pregunté.

—*La Ilustracion Argentina*. ¡Si viera qué poesía tan bonita una que trae! . . . .

—Cuando Vd. la llama bonita, es que ha de ser sentimental seguramente.

—¿Ya empieza Vd. á burlarse? . . . . .

Vd. quiere que todos sean risueños como Vd.

—¡Bueno! No discutamos; porque será la discusion de siempre, y el mismo fin de siempre ha de tener; esto es: salir Vd. vencedora; ó más bien dicho: hacerme yo el vencido.

—No: no es que Vd. se haga el vencido: es que su causa es mala.

—Bueno, Emilia: me declaro ya en derrota. . . . Pero háganos el gusto de leernos esa poesía tan bonita.

—Léala Vd. mejor.

Y me alcanzó el periódico. Pero en el momento de ya tomarlo yo, retirólo vivamente.

—¡No! Vd. va á hacer como siempre: va á echar á perder los versos, porque no son alegres, leyéndolos satíricamente en tono de cantilena.

—No, Emilia: le prometo que esta vez . . . .

—¡Nada, nada! . . . . Aunque yo los lea mal, sin saber darles la debida expresion, los he de leer sinceramente al ménos.

Y empezó:

En horas negras

¡Ah! ¿por qué quieres desatar al canto
la voz que el nudo del martirio ahoga? . . . .
¡Déjame á solas devorar mi llanto!
¡Deja dormir el ay en mi laud! . . . . .
Escucha. . . . . : Dentro de mi sér ya siento
suicidarse el poeta lentamente;
y ya la inspiracion brilla en mi frente
como el blandon que alumbra un ataud!

¡Cantar!..... ¿No sabes que en silencio lloro
quizá muerta al nacer mi flor de gloria,
quizá el desden de la mujer que adoro,
quizá el rigor de la miseria cruel!
¡Cantar!..... ¿No sabes que en la vida mia
lecho de espinas deparó el recuerdo,
do el alma ruje la blasfemia impia,
envuelta en llanto y rebosando en hiel!

Como un viajero en el desierto polo,
cautivo en cárcel de perenne hielo,
así me veo en miserable duelo,
así de triste y solitario estoy!
Pero en el polo, boreal aurora
brilla, aunque brille para huir ligera......
¡En mi la noche sin descanso impera,
cautivo eterno de la sombra soy!

¡Ya ves!.... ¡No quieras desatar al canto
la voz que el nudo del martirio oprime!
¡Déjame á solas devorar mi llanto!
¡Deja dormir el ay en mi laud!
¡Ya sabes!.... Dentro de mi sér yo siento
suicidarse el poeta lentamente;
y ya la inspiracion brilla en mi frente
como el blandon que alumbra un ataud!

Ya en los últimos versos, la voz de Emilia habia ido siendo tan apagada y trémula, que apénas las habíamos entendido. Al concluir, dejó caer, como desfallecida, el periódico en la falda, é inclinó melancólicamente la cabeza sobre el pecho.

Juraria que una lágrima rebelde se asomaba á sus pestañas.

La señora me miró, indicándome á su hija

con la mano, y moviendo la cabeza á un lado y otro, como queriendo decirme:

—¡Es de balde! ¡No tiene cura!

Yo no podia contener la risa; pero como vi tan afectada á Emilia, no quise contrariarla, y haciendo un esfuerzo homérico, le pregunté con mucha seriedad:

—¿Y quién es el autor de esa poesía?

—No sé: solo tiene un seudónimo al pié... Ya no me acuerdo cómo.....

Y volvió á alzar el periódico, y hojeándolo, y describiendo nerviosamente con el índice zigzags en las columnas, llegó al pié de los versos, y leyó:

Cipres.

Ya no pude contenerme, estallé en una carcajada.

—¡Ja, ja, ja, ja!..... ¡El árbol de las tumbas!—exclamé con tono burlescamente enfático.

La señora tambien me acompañó: soltó la risa.

Aquel maldito seudónimo habia dado al traste con todos mis propósitos de seriedad.

Las facciones de Emilia se contrajeron en un gesto de desagrado, fijó en mí la vista gravemente, y díjome:

—Mire: me veré obligada á creer una cosa: y es que su buen humor no indica frivolidad en Vd. como otras veces se lo he dicho: me estoy convenciendo ahora de que es más bien sequedad de corazon.

El tétrico seudónimo habia sido el fósforo aplicado al reguero de pólvora de la discusion.

Esta empezaba á arder : ya no habia tiempo.

—Pues yo á mi vez, Emilia—respondí—le diré que la tristeza que á Vd. causan esos versos, no quiere significar que Vd. tenga un corazon que sienta mucho, sino que tiene un corazon que *siente en falso*, como dice aquel cantar de Campoamor :

Ya de sentimiento llena,
siente en falso el alma mia,
pues lo alegre me da pena,
y lo que es triste alegría.

—No : se equivoca . . . . Vd. juzga . . . .

—Permítame, Emilia. Hoy estoy resuelto á ser el vencedor. Me declaro descortés. Desciñome las cadenas de flores de la galantería : empuño los argumentos de la lógica, y armado ya, me arrojo á combatir. Escúcheme. Vamos á hablar por partes....

Y volviéndome á la mamá, que sonreía, agregué:

—Cuando yo diga *he dicho*, señora, Vd. concede la palabra á Emilia. Miéntras tanto....

—Eso es—repuso aquella.—Yo haré de juez.

Emilia, contrariada, se arrellanó en el sillon, y alzando la vista al techo, empezó á arrollar nerviosamente el periódico, como diciendo:

—¡Diga lo que quiera! No estoy para alterarme.

Yo empecé:

—Cuando yo le leia dias pasados aquella preciosa composicion de Marroquin *Los*

cazadores y la perilla, Vd. hizo un gesto de indiferencia, al preguntarle yo su parecer.

¿Y por qué?

Porque era festiva. A Vd. le repugna todo lo que es alegre. Y ahora la han conmovido unos versos que pintan un martirio que estoy seguro que ha de ser fingido.

Y con aire declamatorio, proseguí cruelmente:

¡Ah! ¿por qué quieres desatar al canto
la voz que el nudo del martirio ahoga?......

Emilia se echó hácia adelante, abrió los labios como para interrumpirme, pero en seguida, como volviéndose á hacer la reflexion de ántes, los cerró sin decir una palabra, pero no sin desplegar una leve sonrisa de ironía.

Yo seguí:

—Téngalo bien presente: *¡nadie llora en verso!* Podrá el poeta componer, dominado por impresiones melancólicas, versos que se revistan de un colorido suave de tristeza; pero nunca, jamas, versos como esos del señor *Cipres,* que parecen los gemidos de un prisionero que degüellan á serrucho lentamente.

El verdadero dolor, ese dolor que desespera y mata, es como la doncella ruborosa: se oculta, baja la vista ante la gente extraña: no recorre las calles descaradamente, como una Bacante de la antigua Grecia.

El poeta que mide sílabas para llorar á lágrima por verso, ya sean amores perdidos, ya desengaños ganados, ya sea lo que sea;

no lo hace sólo para desahogar su pena, sino para conmover artificiosamente el corazon de los incautos. El sabe que éstos lamentan y se duelen de su *infortunio inmenso*, y que prorumpen en estas ú otras palabras semejantes:

—¡Qué versos tan bonitos! ¡Qué sentimiento tienen! ¡Pobre jóven!

Es gloria, pues, lo que quiere ese poeta; no desahogar su corazon; porque si fuera esto solamente, no tendria necesidad de irse á contar al público sus penas; sino que las lloraria en el silencio. De todos modos, él sabe que hay dos cosas que el público no da á los poetas: plata y consuelos. Se divierte con ellos, eso sí, pero ni les paga ni les hace un cariñito. Quizá para no corromperlos, manteniéndolos así en un perdurable estado de delirio.

Es gloria, pues, lo que busca; y esa ánsia de gloria, es un impulso del amor propio, es un eco del orgullo. . . . nada más: impulso, eco, que sentimos todos los que escribimos, ya riamos, ya lloremos . . . .

Emilia no pudo más: me interrumpió.

—Yo tambien creo que el amor á la gloria puede mucho en los poetas, ¿pero quién le dice á Vd. que á la par de eso, el que escribia estos versos, no los iba borrando con sus lágrimas?

—¡Qué! ¡no crea Vd. tal cosa! ¡Segurísimo estoy de lo contrario! ¡Juraria que se reia!

—Pues yo sostengo que Vd. está en error. El autor de esta poesía ha llorado, y ha llo-

rado al componerla ! ¡ Es imposible mentir de esa manera !

—Pues yo voy á probarle lo contrario. El autor de esa poesía es una persona . . . .

—¡ Qué! ¿ lo conoce Vd. ?

—Sí.

—¿ Quién es, quién es ?

—Soy yo.

—¿ Vd. ? ¿ Vd. ?

—Sí. . . . yo.

—¡ Ah ! . . . . .

—Cuando el otro dia, Vd. oyó tan desdeñosamente la poesía de Marroquin, yo me piqué, y me propuse castigarla : hice esos versos. ¿ Cree Vd. que yo al componerlos, los haya ido borrando con mis lágrimas ?

. . . .

Hoy Emilia habla pestes de los poetas sentimentales.

¡MEA CULPA!

A fines de Agosto de 1883, la lucha religiosa habia tomado un carácter tal de efervescencia en Buenos Aires, que era el tema obligado de la prensa, del gabinete, de las Cámaras, y hasta de las conversaciones más sencillas.

Los clericales habian querido hacer pasar en el Congreso, con su astucia de siempre, á la sordina, una ley que votaba la educacion ultramontana.

Felizmente la cosa no pasó.

Entónces recurrieron á su arma predilecta, — el sexo bello, — haciéndole tomar parte activa en el asunto.

Organizaron una especie de procesion femenina, que partiendo de casa del Dr. Lamarca, en la calle Alsina entre Perú y Bolívar, se dirigió al Congreso, — que estaba en ese momento de Asamblea, — para presentar á los padres de la patria en propia mano, una solicitud, pidiendo, á título de madres de familia, la educacion clerical para sus hijos.

Pero no iban las madres solamente. Iban familias enteras, desde la abuela hasta la recien nacida.

¿Cómo no vacilar los severos guardianes de la ley ante aquella avalancha de gracias y hermosura?

Y no fueron á la barra, no señor. Entraron en el salon de sesiones; y la que hacia de jefe, despues de una ligera alocucion, entregó la solicitud al Presidente, que temblaba de piés á cabeza como un reo.

Miéntras tanto, las niñas y las damas subalternas,

sostenian con los padres de la patria breves diálogos sociales, algunos de los cuales eran impagables en un sitio como aquél.

Una de ellas, matrona de hermosura celebrada, pregunta al señor C......., senador empedernidamente liberal :

—¿Cómo lo pasa C......?

—Muy bien, señora.

—¿Y su esposa? ¿Cómo no ha venido?.....

Y agrega con sonrisa de reproche:

—¿A que V. no la ha dejado?

El senador, con sorna y galantería á un mismo tiempo:

—No, señora: nada de eso. Son sus hijos los que no la han dejado salir, porque como donde ella vela por ellos es en casa.....

***

Al dia siguiente de esto, fué que se publicó esta composicion :

¡Mea culpa!

Yo, —el que te dije ayer, cuando marchabas
á mostrar tu carita en el Congreso,
que renunciaras á mi amor por siempre —,
hoy á cantar la palinodia vengo!

Tú, —la que entónces replicaste altiva
que por *impío*, *y liberal*, y *ateo*,
per sécula sin fin me olvidarias —,
perdona ahora mi impiedad, te ruego!

¡Desisto de mi error! Me he convencido.
Fué *Voltaire* un bufon, *Diderot* un necio:
y pasado con armas y bagajes,
á *Nicolas* y á *Dupanloup* me entrego!

¡Vuelva tu amor á iluminarme, vuelva,
que confesarme y comulgar prometo!......
¿Ya no te he confesado el amor mio?
¿No he comulgado ya tus juramentos?

¡Cómo leeremos en las noches frias,
los dos sentados al amor del fuego,
esas tiernas historias de la Biblia,
de alta moral y de virtud ejemplos!

¡Aquel casto *Cantar de los Cantares!*
¡los amoríos de *David* aquellos!
¡y aquel caso de *Lot!* ¡y..... ¡Basta, basta!
que casi lloro cuando pienso en eso!

De cuando en cuando, en inspirados éxtasis,
ojos en blanco, la mirada al cielo,
de cristiano fervor henchida el alma,
el pensamiento de la tierra léjos,

la veste suelta en abandono místico,
cantarás algun salmo, algunos trenos;
y yo el rosario rezaré á tus plantas.....
pero á tus plantas, que sinó, no rezo!

Tomaré agua de Lourdes por barriles,
en letanías compondré mis versos,
y hasta leeré *La Union* (1) si me lo exiges ...
¡aunque imposible esa exigencia creo!

Todo eso y más haré..... Pero entretanto
que Lucifer en el temido infierno
enciende, lleno de placer, el horno
que ha de abrasar á esa legion de ateos:

ahora que el alma, cual de luz, bañada
de beatitud y misticismo siento.....
¡vén á mis brazos, y en mi ansiosa boca
con católico amor imprime un beso!

(1) Organo del partido clerical.

INDICE